Autobiografia de la B. Margarita

BX4700
.A37
A5
c.1

00[illegible]19

AUTOBIOGRAFÍA

DE LA

B. MARGARITA MARÍA ALACOQUE

MODERNA
LIBRERIA RELIGIOSA
JOSE L. VALLEJO S. e C.
SAN JOSE EL REAL Núm. 3.
APARTADO POSTAL Núm. 444.
MEXICO.

AUTOBIOGRAFÍA

DE LA

B. MARGARITA MARIA ALACOQUE

COPIADA TEXTUALMENTE
DE LA QUE DEJÓ MANUSCRITA ELLA MISMA
POR ÓRDEN DE SU DIRECTOR EL P. ROLIN, S. J.

TRADUCIDA

POR EL P. ÁNGEL SANCHEZ TERUEL

DE LA

COMPAÑÍA DE JESUS

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

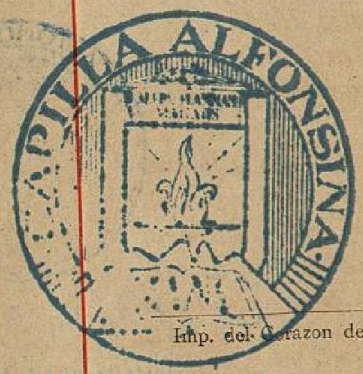
BILBAO:
ADMINISTRACION DE «EL MENSAJERO»
Calle de Ayala (Ensanche)

1890

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
Capilla Alfonsi
Biblioteca Universi
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez
45765

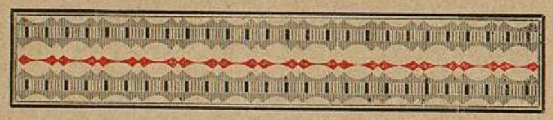
V
922
M
BX4700
.A37
A5

ES PROPIEDAD



Imp. del Corazon de Jesus, Muelle de Marzana, 7.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



AL QUE LEYERE

NADIE *ignora la deuda inmensa que contrajo la Compañía de Jesus con el Divino Corazon por haberla elegido para defender en primera línea sus intereses y establecer su reinado. Tampoco se desconoce que deben los hijos de San Ignacio mostrarse agradecidos á la B. Margarita María Alacoque, por haber sido la escogida para comunicarles tan divina eleccion.*

Ahora bien: cumpliéndose en este año de 1890, el 17 de Octubre, dos siglos del glorioso tránsito de Margarita María al cielo, y presentándose con motivo de este Centenario la ocasion de pagar de algun modo esa doble deuda, me propuse contribuir

000219

á ello, por mi parte, con una obra que no fuera indigna de nuestra gratitud. Tal ha sido mi principal objeto al traducir en nuestra hermosa lengua la vida de la Beata, escrita por ella misma; vida exclusivamente dedicada por Margarita á la gloria de Jesus y ordenada por Jesus para dar á conocer la obra de su amor, el corazon de Margarita.

Ademas, España conoce á Margarita, tiene noticia de las heróicas virtudes que practicó y de los extraordinarios favores que recibió del Corazon divino; sabe quizá por diversos autores todos los sucesos de esta vida admirable; pero no posee este preciosísimo tesoro, que tienen ya otras naciones, y no merece ser la última en poseerle mi patria, que en aprovecharse de él será la primera.

Expuestas ya las razones que me han movido, sólo me resta añadir cuatro palabras sobre la traduccion.

Confieso que hubiera preferido conservar el fondo y variar la forma, verter íntegro el pensamiento y dejar correr libremente la pluma dando más soltura á la frase y amenidad al estilo, no por vanidad pueril, sino por vencer más fácilmente y áun encubrir las dificultades que á cada paso me salian al encuentro, ya por las cosas mismas, ya por la manera particular con que están expresadas.

Sin embargo, procurando vencerlas y áun sacrificando mi deseo de evitar al ménos las frecuentes repeticiones, he optado por la version literal, sin más variaciones que las necesarias, á mi juicio, para que la frase resulte lo más castiza posible, y para presentar más clara alguna idea.

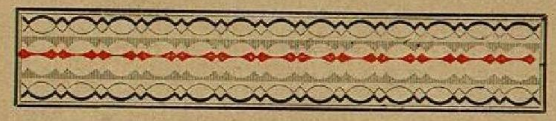
Así lo exige la índole del escrito para que quede intacta la plenitud de su autoridad; así, para que conserve toda su fuerza el sentimiento como inherente á las expresiones mismas, con que el alma describe sus luchas y victorias, pinta sus penas y sus goces, descubre todos sus más íntimos secretos; así lo exige, finalmente, la utilidad de los lectores, como se deduce de la promesa hecha por Jesus de unir la uncion de su gracia á los escritos de la Beata con este exclusivo objeto.

Á fin de facilitar la lectura y hacerla adaptable á los nueve dias de una novena, he admitido la reforma introducida por la version italiana de dividir la Autobiografía en nueve capítulos, agregando al último de estos un apéndice, por ser su preparacion á la muerte escrita por la misma Beata. Finalmente, añado tambien el décimo capítulo, para describir la muerte de Margarita y dejar terminada la obra. No dudo que semejante division será del agrado de mis lectores.

Hechas estas ligeras observaciones para dar completa razon de mi obra, y deseando que ésta ceda en gloria del Sacratísimo Corazon, en honra de la B. Margarita María y en bien de mi amada patria, voy á permitirme hacer una súplica. Todos sabemos aquella inefable promesa del Divino Corazon: «Reinaré en España, y con más veneracion que en otras partes,» y todos deseamos que se inaugure pronto ese reinado, para vernos libres de tantas calamidades como nos rodean. Ninguna ocasion hay más oportuna que la presente para obtener esa gracia: este mismo año se hace al Corazon de Jesus la ofrenda más pura y agradable á sus ojos, la ofrenda de la inocencia en la Consagracion de los niños: *por medio del libro que pongo en las manos del lector, podemos hacer nosotros la ofrenda de la penitencia, pues nada se nos inculca en él tanto como el horror al pecado y el amor al sacrificio. Leámosle, pues, meditémosle, empapémonos bien en esos sentimientos, y preparados así, pidamos á la B. Margarita que se digne ella misma presentar esas dos ofrendas al Divino Corazon, y hacérnosle propicio para que more Él en nosotros y nosotros en Él, en lo cual consiste su reinado.*

I

FAVORES CON QUE MARGARITA MARÍA FUÉ PREVENIDA POR JESUS EN SUS PRIMEROS AÑOS



I

POR sólo vuestro amor, es por lo que me someto á la obediencia de escribir esto, pidiéndoos perdon de mi resistencia á ejecutarlo. Pero como nadie conoce, sino vos, la grandeza de la repugnancia que siento al hacerlo, nadie puede, sino vos solo, darme fuerza para vencerla. Recibo esta obediencia como de parte vuestra, cual si quisierais castigar así el exceso de mi gozo y de las precauciones, que habia tomado para

seguir la grande inclinacion, que siempre tuve, de sepultarme en un eterno olvido de las criaturas. Porque, cuando ya habia obtenido las promesas de las personas que, á mi parecer, podian contribuir á esto, y habia quemado cuanto por obediencia escribí, es decir, lo que habian dejado en mi poder, me fué comunicado este mandato. Soberano Bien mio, haced que nada escriba, sino lo que haya de ser para vuestra mayor gloria y mi mayor confusion.

Único amor mio, ¡cuánto os debo por haberme prevenido desde mi más tierna edad, constituyéndoos dueño y posesor de mi corazon, aunque conociais bien la resistencia que habia de haceros!

No bien tuve conciencia de mí misma, hicisteis ver á mi alma la fealdad del pecado, que imprimió en mi corazon un horror tal, que la más leve mancha me era tormento insoportable; y para

refrenar la vivacidad de mi infancia, bastaba decirme que era ofensa de Dios; con esto contenian mi ligereza y me retraian de lo que ansiaba ejecutar.

Sin saber lo que hacia, me sentia continuamente impulsada á decir estas palabras: «Dios mio, os consagro mi »pureza y hago voto de perpetua casti»dad.» Un dia las dije entre las dos elevaciones de la santa Misa, que de ordinario oia con las rodillas desnudas en tierra, por frio que hiciese. No comprendia lo que habia hecho, ni lo que queria decir la palabra *voto*, ni tampoco esta otra, *castidad*. Toda mi tendencia era ocultarme en algun bosque, y nada me detenia sino el temor de encontrar hombres en aquel sitio.

La Santísima Vírgen tuvo siempre grandísimo cuidado de mí: yo recurria á ella en todas mis necesidades y me salvaba de grandísimos peligros. No osaba dirigirme á su divino Hijo de modo alguno, sino siempre á ella, á la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

cual ofrecia el rosario hincadas las rodillas desnudas en tierra, ó haciendo tantas genuflexiones y besando tantas veces el suelo, cuantas Ave Marías rezaba.

Perdí á mi padre niña aún; y como era la única hija, y mi madre, encargada de la tutela de sus cinco hijos, paraba muy poco en casa, me crié por este motivo hasta la edad de unos ocho años y medio sin más educacion que la de los domésticos y campesinos.

Me llevaron á una casa religiosa, donde me prepararon á la primera comunion cuando tenia unos nueve años, y esta comunion derramó para mí tanta amargura en todos los infantiles placeres y diversiones, que no podia ya hallar gusto en ninguno, aunque los buscase con ansia, pues al punto que queria tomar parte en ellos con mis compañeras, sentia siempre algo que me separaba de allí y me impelia hacia algun rinconcito, sin dejarme reposar

hasta que lo hubiese ejecutado. Allí me precisaba á ponerme en oracion, pero casi siempre postrada ó con las rodillas desnudas en el suelo, ó haciendo genuflexiones con tal que no me vieran, pues sufria un extraño tormento cuando así me encontraban.

Tenia vivas ansias de hacer todo lo que veia practicar á las religiosas, considerándolas á todas como santas, y pensando que, si fuese religiosa, llegaria á ser como ellas. Por lo cual se apoderó de mí tan grande ansia de serlo, que á esto sólo aspiraba. Aunque no eran, á mi parecer, de bastante retiro para mí, como no conocia otras, juzgaba que debia quedarme en su convento.

Pero caí en un estado de enfermedad tan deplorable, que pasé como unos cuatro años sin poderme mover. Los huesos me rasgaban la piel por todas partes, y por esta causa no me dejaron allí más que dos años. No pudo hallar-

se, en definitiva, otro remedio á mis males, que el de consagrarme con voto á la Santísima Vírgen, prometiéndole que, si me curaba, seria un dia una de sus hijas. Apénas se hizo este voto, recibí la salud acompañada de una nueva proteccion de esta Señora, la cual se declaró de tal modo dueña de mi corazon que, mirándome como suya, me gobernaba como consagrada á ella, me reprendia mis faltas y me enseñaba á hacer la voluntad de Dios. Me sucedió una vez, que estando rezando el rosario sentada, se me presentó delante y me dió tal reprension, que aunque era aún muy niña, jamas se ha borrado de mi mente. «Hija mia, me admiro de »que me sirvas con tanta negligencia.» Tal impresion dejaron estas palabras en mi alma, que me han servido de aviso para toda mi vida.

Recobrada la salud, no pensé ya sino en buscar mi contento en el goce de mi libertad, sin darme gran cuidado

el cumplimiento de mi promesa. Mas, ¡oh Dios mio! no pensaba entónces lo que despues me habeis hecho conocer y experimentar, y es que, habiéndome engendrado con tantos dolores vuestro Corazon en el Calvario, no podia sostener la vida, que me habiais concedido, sino con el alimento de la Cruz, que seria mi manjar delicioso. He aquí cómo pasó. Apénas comencé á gozar de plena salud, me fuí tras la vanidad y el afecto de las criaturas, halagándome el que la condescendiente ternura que por mí sentian mi madre y mis hermanos, me dejase en libertad para algunas ligeras diversiones y para consagrar á ellas todo el tiempo que deseara. Pero bien me hicisteis conocer, Dios mio, que andaba muy errada en mis cálculos, pues los habia hecho segun mi propension, naturalmente inclinada al placer; mas no segun vuestros designios tan diferentes de los mios.

Mi madre se habia despojado de su

autoridad en casa para trasmitirla á otros; y de tal manera la ejercieron, que nunca nos vimos ni ella, ni yo en más dura cautividad. No es mi ánimo ofender á esas personas en cuanto voy á referir, ni creer que obrasen mal haciéndome padecer (líbreme Dios de tal pensamiento), sino solamente mirarlas como instrumentos, de que se valia el Señor para cumplir su santa voluntad. No teniamos, pues, autoridad alguna en casa, ni osábamos hacer nada sin permiso. Era una guerra continua y todo estaba bajo llave, de tal modo, que con frecuencia ni áun hallaba con qué vestirme para ir á Misa, si no pedia prestados cofia y hábito. Entónces fué cuando comencé á sentir mi cautiverio, en el cual tan adentro penetré, que nada hacia, ni áun salia de casa, sin el permiso de tres personas.

Desde este tiempo todos mis afectos se dirigieron á buscar mi completa dicha y consolacion en el Santísimo Sa-

cramento del altar. Pero hallándome en un pueblo distante de la iglesia, no podia ir á ella sin el permiso de esas personas, y acontecia, que cuando queria una, la otra me negaba su permiso; y muchas veces, cuando demostraba mi dolor con el llanto, me echaban en cara, que era porque habria dado cita á algunos jóvenes y sentia mucho no poder ir á su encuentro, bajo el pretexto de oir Misa, ó ir á la bendicion del Santísimo. ¡Y yo, que tenia en mi corazon un horror tan grande á todo esto, que hubiera consentido ver desgarrar mi cuerpo en mil pedazos ántes de abrigar tal pensamiento! Esta fué la época en que, no sabiendo dónde refugiarme, sino á un ángulo del jardin, ó del establo ú otro lugar secreto, en el cual pudiera arrodillarme y derramar los afectos de mi alma con mis lágrimas en la presencia de Dios, por medio de la Santísima Vírgen, mi buena Madre, en la que habia puesto toda mi

confianza, permanecia allí dias enteros sin comer ni beber. Esto era lo ordinario; á veces algunas pobres gentes del pueblo me daban por compasion un poco de leche ó fruta hacia la tarde. Despues, cuando volvia á casa, era tal mi miedo y temblor, que me parecia ser una pobre criminal, caminando á oir su sentencia; y ántes que vivir así, me hubiera tenido por más dichosa yendo á mendigar un pedazo de pan, pues con frecuencia no osaba tomarlo de la mesa. En el momento en que entraba, comenzaba la batería con mayor fuerza, diciéndome que no habia tenido cuidado del arreglo de la casa y de los niños de aquellas amadas bienhechoras de mi alma; y sin permitirme hablar una sola palabra, me ponia á trabajar con los criados. Despues de esto, pasaba las noches, como habia pasado el dia, vertiendo lágrimas á los pies de mi Crucifijo, el cual me manifestó, sin que yo comprendiese nada,

que queria ser el dueño absoluto de mi corazon y hacerme en un todo conforme á su vida dolorosa, y á este fin queria constituirse Maestro mio, haciéndose presente á mi alma para obligarme á obrar como Él en medio de sus crueles dolores, dándome á conocer que los habia sufrido por mi amor.

Quedó desde entónces tan impresionada mi alma, que desearia no cesasen ni por un momento mis penas. Porque despues le tenia siempre presente bajo la forma de un Crucifijo ó de un Ecce-homo llevando su cruz, lo cual imprimia en mí tal compasion y amor de los sufrimientos, que todas mis penas me parecian ligeras comparadas con el deseo, que sentia de sufrirlas para conformarme con mi Jesus paciente. Y me afligia al ver que aquellas manos que se levantaban á veces para herirme, estaban detenidas y no descargaban sobre mí todo su rigor. Me sentia continuamente impulsada á prestar toda

clase de servicios y obsequios á estas personas, verdaderas amigas de mi alma, y á sacrificarme por ellas gustosa, no teniendo placer mayor que hacerles bien y hablar de ellas todo lo mejor que podia. Pero no era yo, quien hacia todo lo que escribo, y escribiré bien á mi pesar, sino mi soberano Maestro, que se habia apoderado de mi voluntad y no me permitia quejarme, ni murmurar, ni tener resentimiento con esas personas, ni áun tolerar que me tuvieran lástima y compasion, diciéndome que Él habia obrado así, y queria que, cuando no pudiese impedir me hablasen de esto, les diese toda la razon y echase sobre mí toda la culpa, añadiendo, como era verdad, que mis pecados merecian otros muchos castigos.

Mas en la extrema violencia, que necesito hacerme para escribir esto, que habia siempre tenido oculto con tanto cuidado y precaucion para lo porvenir,

áun procurando no conservar idea alguna en mi memoria para dejarlo todo en la de mi buen Maestro, le dí mis quejas por la grande repugnancia, que sentia; pero Él, fijando mi atencion, me dijo: «Prosigue, hija mia, prosigue, »que ello ha de ser, ni más, ni ménos, »á pesar de todas tus repugnancias; es »necesario que mi voluntad se cum»pla.—Mas, ¡ay de mí, Dios mio! »¿cómo he de acordarme de lo que »pasó hace ya cerca de veinticinco »años?—¿No sabes que soy la memo»ria eterna de mi Padre celestial, que »jamás olvida cosa alguna, y ante la »cual lo pasado y lo futuro son como »el presente? Escribe, pues, sin temor »todo, segun te lo dictare, que te pro»meto derramar en lo que escribas la »uncion de mi gracia, á fin de ser por »este medio glorificado.

»Primeramente quiero esto de ti, »para hacerte ver que me gozo inutili»zando todas las precauciones, que te

»dejé tomar para ocultar la profusion »de las gracias, con las cuales tuve el »gusto de enriquecer á una tan pobre »y débil criatura como tú, cuyo recuer- »do jamás debes perder, á fin de ren- »dirme por ello continuas gracias.

»En segundo lugar, para enseñarte »que no te debes apropiar esas gracias, »ni ser mezquina en distribuirlas á los »demás, ya que he querido servirme »de tu corazon, como de un canal, con »el fin de repartirlas, segun mis desig- »nios, en las almas, muchas de las cua- »les serán retiradas por este medio del »abismo de perdicion, como te haré »ver en adelante.

»Y en tercer lugar, para hacer ver »que soy la Verdad eterna, que no »puede mentir; que soy fiel á mis pro- »mesas, y que las gracias, que te hice, »pueden resistir todo género de exá- »menes y de pruebas.»

Despues de estas palabras me hallé tan fortalecida, que no obstante mi

gran pena de que se lea este escrito, me resolví á continuar á toda costa, para cumplir la voluntad de mi Soberano Maestro.

La más áspera de mis cruces era el no poder suavizar las de mi madre, para mí cien veces más duras de soportar que las propias, si bien no le daba el consuelo de hablarme de ellas, temiendo ofender á Dios con el placer de comunicarnos nuestros sufrimientos. Pero en sus enfermedades era cuando mi dolor llegaba al extremo; porque entregada por completo á mis pobres cuidados y servicios, sufria mucho, tanto más, cuanto que á veces se hallaba todo cerrado con llave, y me era preciso ir á mendigar hasta los huevos y otras cosas necesarias á los enfermos. No era esto pequeña afliccion para mi natural tímido, áun pidiéndolo en casas de campesinos, pues me decian no pocas veces, más de lo que hubiera deseado

En una erisipela, que tuvo en la cabeza, de una hinchazon, inflamacion y dureza horribles, que la ponia á las puertas de la muerte, se contentaron con hacerla sangrar por un pobre cirujano de pueblo, que por allí pasaba, el cual me dijo que sin milagro no podria vivir. Nadie se afligió ni se molestó por esto, á no ser yo, que no sabia dónde acudir, ni á quién dirigirme, sino á mi asilo ordinario, la Santísima Vírgen y mi soberano Maestro.

En las angustias en que continuamente me hallaba sumergida, en medio de las cuales no recibia sino burlas, injurias y acusaciones, no sabia dónde refugiarme. Habiendo, pues, ido á Misa el dia de la Circuncision de Nuestro Señor, para pedirle que se dignase ser Él mismo el médico y el remedio de mi pobre madre, y enseñarme á mí lo que debia hacer, lo ejecutó con tanta misericordia, que á mi vuelta encontré reventada la mejilla con una llaga casi

tan ancha como la palma de la mano, la cual despedia un hedor insoportable, y nadie queria acercarse á la enferma. No sabia yo curar llagas, y ántes ni áun podia verlas ni tocarlas; para esta no tenia más ungüento que el de la divina Providencia, y todos los dias cortaba mucha carne podrida. Me sentí con tal valor y confianza en la bondad de mi Soberano, el cual parecia hallarse siempre presente, que al fin en pocos dias se curó, contra toda humana esperanza.

Durante todo el tiempo de sus enfermedades, ni me acostaba ni apénas dormia; comia muy poco y pasaba las noches frecuentemente sin tomar alimento. Pero mi divino Maestro me consolaba, y sustentaba con una conformidad perfecta con su voluntad santísima. No dirigiéndome sino á Él en todo cuanto me pasaba, le decia: «Mi »soberano Maestro: si Vos no lo qui»sierais, no sucederia esto; pero os doy

»gracias de haberlo permitido para »hacerme semejante á Vos.» En medio de todas estas cosas, me sentia atraida tan fuertemente á la oracion, que me atormentaba mucho el no saber, ni hallarme en disposicion de aprender cómo habia de hacerla, no teniendo trato ni conversacion alguna con personas espirituales, y no sabiendo de ella otra cosa más que esta palabra, *oracion*, que me arrebataba el alma. Mas habiéndome dirigido á mi soberano Maestro, me enseñó cómo queria que la hiciese, y me ha servido para toda mi vida. Me hacia postrar humildemente en su presencia para pedirle perdon de cuanto le habia ofendido, y luego, despues de haberle adorado, le ofrecia mi oracion sin saber aún sobre qué habia de hacerla. Entónces se me presentaba Él mismo en el misterio, en que queria le considerase, y atraia tan fuertemente mi espíritu, teniendo en Él absortas mi alma y todas mis potencias, que no

sentia distraccion alguna, sino mi corazon consumido por el deseo de amarle, lo cual me producia una insaciable ansia de comulgar y sufrir. Pero no sabia cómo arreglarme; no tenia más tiempo que el de la noche, del cual tomaba cuanto me era posible; y aunque esta ocupacion me fuese más deliciosa de lo que pudiera expresar con mis palabras, no la tenia por oracion, y me sentia continuamente perseguida por el deseo de hacerla, prometiendo al Señor, que tan pronto como me enseñara, dedicaria á ella todo el tiempo disponible. Sin embargo, su bondad me retenia con tanta fuerza en la ocupacion dicha, que me disgustaron las oraciones vocales, las cuales no podia rezar delante del Santísimo Sacramento, donde me encontraba tan absorta, que jamás sentia cansancio. Hubiera pasado allí los dias enteros con sus noches sin beber, ni comer y sin saber lo que hacia, sino era consumirme en su presencia

como un cirio ardiente para devolverle amor por amor. No podia quedarme en el fondo de la iglesia, y por confusion que sintiese en mí misma, no dejaba de acercarme cuanto pudiera al Santísimo Sacramento. No juzgaba felices, ni envidiaba, sino á las que podian comulgar con frecuencia, y tenian la libertad de poder quedarse ante el Señor sacramentado: bien es verdad, que allí empleaba muy mal mi tiempo, y creo que no hacia sino negarle el honor debido. Procuraba ganar la amistad de las personas, de quienes he hablado más arriba, á fin de obtener algunos momentos libres para dedicarlos al Santísimo.

Me sucedia, en castigo de mis pecados, no poder dormir las vísperas de Navidad, y como en alta voz decia el Párroco en su plática que no debian comulgar los que no habian dormido, sin hacerlo ántes (1), no pudiendo yo

(1) O se expresó mal el Párroco ó no le comprendió bien nuestra Margarita.

conseguirlo, no osaba recibir al Señor. Así, el dia de regocijo era para mí de lágrimas, las cuales me servian de único alimento y placer.

¡Mas tambien fuí culpable de grandes delitos! Pues una vez en tiempo de Carnaval, estando con otras compañeras, me disfracé por vana condescendencia, lo que ha sido objeto de mi dolor y llanto durante toda mi vida, así como tambien la falta, que cometia usando vanos adornos por el mismo motivo de complacer á las personas arriba citadas. Dios las ha hecho servir de instrumentos de su divina justicia, para vengarse de las injurias, que le hice pecando, aunque siendo personas virtuosas no creyesen obrar mal en nada de cuanto pasó en nuestra conducta, y pienso lo mismo, que no obraban mal, puesto que era Dios quien así lo queria, y yo no alimentaba hacia ellas ningun descontento.

Pero, ¡ay de mí! Señor mio, compa-

deceos de mi debilidad, en medio del extremo dolor y confusion, que me imprimís con tanta viveza, mientras esto escribo, por haberme resistido tan largo tiempo á ejecutarlo. Sostenedme, Dios mio, para que no sucumba bajo el peso de tan justas reconvenciones. No, protesto no resistir jamás con el auxilio de vuestra gracia, aunque debiera costarme la vida, atraerme el desprecio de todas las criaturas, y armar contra mí todos los furores del infierno, para vengaros de mis resistencias. Os pido perdon de todas ellas y fuerzas para terminar lo que de mí deseais, no obstante la repugnancia, que me haga sentir el amor propio.

II

LUCHAS Y TRIUNFOS DE MARGARITA MARÍA EN SU VOCACION

II

REANUDANDO mi narracion diré, que á medida que crecia, se aumentaban mis cruces. El diablo suscitaba muchos buenos partidos, segun el mundo, los cuales me asediaban para obligarme á ser infiel al voto, que habia hecho. Esto atraia mucha gente á casa, con quien me era preciso tratar, lo que me servia de no pequeño suplicio. Por un lado mis parientes, y sobre todo mi madre, me apretaba en este punto llorando

sin cesar y diciéndome que no tenia más esperanza que en mí para salir de su miseria, teniendo el consuelo de retirarse conmigo tan pronto como estuviera colocada en el mundo. Por otro, Dios perseguia con tanto ímpetu mi corazon, que no me concedia momento de tregua; pues tenia siempre delante de mis ojos el voto, al que si llegaba á faltar, seria castigada con horribles tormentos.

El demonio se servia de mi ternura y amor filial, representándome incesantemente las lágrimas que mi madre derramaba, y diciéndome que si me hacia religiosa, la mataria de pena, debiendo responder de ella á Dios por estar completamente abandonada á mis cuidados y servicios. Sentia un tormento insoportable, porque tan tierna y mútuamente nos amábamos, que no podiamos vivir sin vernos. Por otra parte, el deseo de ser religiosa y el horror á la impureza no cesaban de importunarme. Su-

fria con todo esto un verdadero martirio: no gozaba momento de reposo, y me derretia en lágrimas. No teniendo persona, á quien descubrirme, no sabia qué partido tomar. Finalmente, la ternura hacia mi buena madre comenzó á sobreponerse con la idea de que, siendo aún niña cuando hice el voto, y no comprendiendo lo que era, al hacerlo, bien se podria obtener su dispensa. Ademas de esto, temia mucho encadenar mi libertad, diciéndome que ya no podria ayunar, hacer limosnas, ni tomar disciplina segun mi deseo; que la vida religiosa pedia tan grande santidad en cuantos la abrazaban, que me seria imposible llegar á ella, y me condenaria.

Comencé, pues, á mirar al mundo, y á componerme para agradarle, procurando divertirme lo más que podia. Pero vos, mi Dios, único testigo de la grandeza y duracion del horrible combate trabado en mi alma, y en el cual hubiera sucumbido mil y mil veces sin

un auxilio extraordinario de vuestra misericordiosa bondad, que tenia designios muy diversos de los que abrigaba mi corazon, me hicisteis conocer en esta, como en muchas otras ocasiones, que me seria muy duro y difícil luchar contra el poderoso estímulo de vuestro amor.

Aun cuando mi malicia é infidelidad me hicieron poner en juego todas mis fuerzas é industrias para resistirle y extinguir en mí todas sus inspiraciones, fué todo en vano; porque en medio de las reuniones y pasatiempos me lanzaba flechas tan ardientes, que traspasaban mi corazon de parte á parte y le consumian, dejándome como transida de dolor. Y no siendo áun esto suficiente para hacer soltar su presa á un corazon tan ingrato como el mio, me sentia como ligada y arrastrada con cordeles con tal fuerza, que al fin me era preciso seguir al que interiormente me llamaba á un sitio apartado, donde me

hacia severas reconvenciones por estar celoso de mi miserable corazon, que sufria persecuciones espantosas. Despues de haberle pedido perdon con el rostro pegado á la tierra, me hacia tomar una ruda y larga disciplina.

Pasado esto volvia, como ántes, á mis resistencias y vanidades; pero luego, cuando por la tarde me quitaba las malditas libreas de Satanás, quiero decir, los vanos adornos, instrumentos de su malicia, se me ponia delante mi Soberano Maestro, todo desfigurado, cual estaba en su flagelacion, dándome acerbas reprensiones; que era mi vanidad, quien la habia reducido á tal estado; que perdia un tiempo tan precioso, del cual se me pediria una cuenta rigurosa á la hora de la muerte; que le hacia traicion y perseguia despues de haberme dado tantas pruebas de su amor y de su deseo de hacerme semejante á Él. Estampábase todo esto tan profundamente en mi espíritu y abria tan dolo-

rosas llagas en mi corazon, que lloraba amargamente, y me seria muy difícil expresar cuánto sufria y lo que por mí pasaba.

Ignorando qué cosa era la vida espiritual por no haber sido instruida, ni oido hablar de ella, no sabia sino lo que mi Maestro me enseñaba y me hacia practicar con su amorosa violencia.

Para vengar de algun modo en mí misma las injurias, que le hacia, y recuperar la semejanza y conformidad con Él, aliviando así el dolor, que me oprimia, ligaba con cuerdas nudosas mi miserable y criminal cuerpo, y tan fuertemente las apretaba, que apénas podia respirar y comer. Dejábalas tanto tiempo, que hallándose como enterradas en la carne, la cual llegaba á crecer encima, no podia extraerlas sino con grande violencia y crueles dolores. Lo mismo sucedia con las cadenillas ó cilicios de mis brazos, los cuales al desprenderse

llevaban consigo el pedazo de carne viva. Despues me acostaba sobre una ligera tablita ó sobre palos de nudos puntiagudos, con los que hacia mi lecho para reposar un poco, y tomaba ademas una disciplina procurando hallar algun remedio á los combates y tormentos interiores, en cuya comparacion parecíame un refrigerio todo sufrimiento exterior que pudiera sobrevenirme. Pues aunque todas las humillaciones y contradicciones, de las cuales he hablado ántes, eran siempre continuas y aumentaban más bien que disminuian, todo esto, repito, lo tenia por un alivio al lado de mis penas interiores, para sufrir las cuales en silencio, y tenerlas ocultas, como mi buen Maestro me lo enseñaba, me hacia tal violencia, que nada se notaba al exterior, sino mi palidez y enflaquecimiento.

El temor de ofender á mi Dios, me causaba áun mayor tormento que todo lo demás, porque me parecian mis pe-

cados continuos y tan grandes, que me admiraba de no ver el infierno abierto bajo mis pies para enterrar en su seno á una pecadora tan miserable. Hubiera deseado confesarme todos los dias, y, sin embargo, no podia hacerlo sino raras veces. Parecíanme santos los que empleaban mucho tiempo en confesarse, juzgando no eran como yo, que no sabia acusarme de mis culpas. Este pensamiento me hacia verter muchas lágrimas.

Pasados varios años entre todas estas penas, combates y otros muchos sufrimientos sin otro consuelo que el de mi Señor Jesucristo, el cual se habia constituido en mi Maestro y Director, revivió el deseo de la vida religiosa con tal ardor en mi alma, que me resolví á abrazarla á costa de cualquier sacrificio. Pero, ¡ay de mí! No pudo cumplirse mi deseo, sino cuatro ó cinco años más tarde, durante cuyo tiempo redoblándose por todos lados mis pe-

nas y combates, procuraba redoblar tambien mis penitencias, segun me lo permitia mi divino Maestro.

Pues cambió mucho en su modo de conducirse, poniéndome á la vista la belleza de las virtudes, y especialmente de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, y diciéndome que practicándolas se llega á ser santo. Hablábame así, porque le pedia en mis oraciones que me hiciese santa.

Como casi no leia otro libro que el de la *Vida de los Santos*, decíame al abrirle: Me conviene elegir una muy fácil de imitar, para poder hacer lo que hizo, y ser santa como ella; pero me llenaba de desolacion al ver que ofendia tanto á mi Dios, y pensaba que los santos no le habian ofendido como yo, ó al ménos, que si algunos lo habian hecho, habian despues pasado el resto de su vida en la penitencia. Con esto ardia en vivos deseos de hacerla; pero mi divino Maestro me infundia tan gran temor

de seguir mi propia voluntad, que desde entónces juzgué que nada le agradaria, aunque pudiese hacerlo, si no lo ejecutaba por amor y obediencia. Me inflamó esto en vivos deseos de amarle, y de reglar por la obediencia todas mis acciones; pero no sabia cómo practicar ni lo uno ni lo otro.

Parecíame un crímen el decir que amaba á Dios, viendo á mis obras desmentir mis palabras. Le pedí me enseñase, é hiciera ejecutar cuanto queria que practicase para agradarle y amarle. He aquí cómo lo cumplió.

Me infundió un amor tan tierno á los pobres, que habria querido no tener más amistad que la suya, y excitó en mi alma una compasion tan tierna de sus miserias, que, á depender de mí, me hubiera quedado sin nada por aliviarlas. Cuando tenia dinero se lo daba á niños pobres, para obligarles á venir á mi lado con objeto de enseñarles el catecismo y á tratar con Dios. Esto

hacia que me siguieran, siendo tantos á veces, que en invierno no sabia dónde colocarlos, á no ser en una sala grande, de la cual nos echaban en ocasiones. Mortificábame esto no poco, por el deseo de que nada se conociese de cuanto hacia.

Llegaron á pensar que daba á los pobres cuanto podia haber á las manos; pero no habria osado hacerlo, temerosa de robar. Así, pues, no daba sino lo que era mio, y áun no me atrevia á hacerlo sin la obediencia, viéndome obligada, para conseguir el permiso de dar lo que tenia, á hacer caricias á mi madre, la cual, como me amaba mucho, me lo concedia muy fácilmente. Cuando me lo negaba, permanecia tranquila, y despues de un rato volvia á importunarla, porque no me era posible hacer cosa alguna sin permiso, y no sólo de mi madre, sino que me sujetaba á pedírselo tambien á los que conmigo vivian, lo cual era para mí un continuo

suplicio. Pero creia conveniente sujetarme á todos aquellos, que me inspiraban mayor repugnancia y obedecerles, para experimentar si podia ser religiosa. Este andar continuamente pidiendo todos esos permisos, me atrajo grandes repulsas y mucha esclavitud, porque les dió tanta autoridad sobre mí, que no podia existir religiosa más sujeta. Mas el ardiente deseo, que sentia de amar á Dios, me hacia superar todas las dificultades, y me tornaba cuidadosa de practicar todo cuanto era más contrario á mis inclinaciones, y más repugnancia me causaba, y tan movida me sentia á ello, que me acusaba en la confesion, cuando ocurria, de no haber seguido estos impulsos.

Repugnábame en extremo ver llagas; pero me fué preciso ponerme desde luego á curarlas y besarlas para vencerme, y no sabia cómo arreglarme en esta operacion. Mas mi divino Maestro sabia suplir tan perfectamente to-

das mis ignorancias, que, aunque fuesen llagas peligrosísimas, las curaba en poco tiempo, sin más ungüento que el de su providencia. Más confianza me inspiraba su bondad, que todos los remedios exteriores.

Era naturalmente inclinada al amor de los placeres y diversiones; pero no podia ya tener gusto en ninguno, aunque con frecuencia hiciese cuanto dependia de mí para proporcionármelos, porque la dolorosa figura de mi Salvador, que se presentaba á mi vista, cual si acabase de ser azotado, me impedia tenerla, pues me hacia estas reconvenciones, que llegaban á herirme el corazon. «Y bien, ¿querrás gozar de este »placer? ¡Yo no gocé jamás de ninguno, »y me entregué á todo género de amar»guras por tu amor y por ganar tu co»razon! ¿Y querrás ahora, sin embargo, »disputármelo?» Tales palabras producian honda impresion en mi alma; pero confieso con ingenuidad que nada com-

prendia. ¡Tan grosera y poco espiritual era mi inteligencia! Si hacia bien alguno, era porque con tal fuerza me impulsaba á ello, que no podia resistir.

Este es el grande objeto de mi confusion en todo cuanto aquí escribo, en lo cual querria poder dar á conocer cuán digna soy del más riguroso castigo eterno por mis continuas resistencias á Dios y oposicion á sus gracias, y al mismo tiempo hacer ver la grandeza de sus misericordias. Parecia, en verdad, haberse empeñado en perseguirme y oponer continuamente su bondad á mi malicia, y su amor á mis ingratitudes, las cuales han sido el objeto de mi más vivo dolor durante toda mi vida, por no haber sabido reconocer á mi Soberano libertador, que tan amoroso cuidado habia tenido de mí desde la cuna, y ha continuado teniéndolo siempre.

Encontrándome un dia en un abismo de estupor viendo que tantos defectos é infidelidades, como en mí ha-

llaba, no eran capaces de causarle náusea, me dijo respondiendo: «Es porque »deseo hacer de ti como un compues»to de mi amor y de mis misericordias.» Y en otra ocasion me dijo: «Te he ele»gido por esposa y nos prometimos fi»delidad, cuando hiciste el voto de cas»tidad. Soy yo, quien te movia á ha»cerle, ántes que el mundo tuviera par»te alguna en tu corazon, porque le »queria enteramente puro, y sin man»cha alguna de aficiones terrenales, y »para conservármele así, quitaba toda »la malicia de tu voluntad, á fin de que »no pudiera corromperle. Y despues te »confié al cuidado de mi santa Madre, »para que te formase segun mis desig»nios.» Ciertamente, ha hecho conmigo las veces de una buena madre, y jamás me ha negado su socorro. A ella recurria en mis penas y necesidades, y con tal confianza, que me parecia no tener nada que temer bajo su proteccion maternal. Tambien hice voto en este

tiempo, de ayunar todos los sábados, de rezar, cuando supiese leer, el oficio de su Inmaculada Concepcion, y de hacer siete genuflexiones todos los dias de mi vida, rezando siete Ave Marías para honrar sus siete dolores: me ofrecí despues por su esclava perpetua, suplicándole no me rehusase este título. Le hablaba con la sencillez de una niña como á mi buena madre, hacia la cual sentia desde entónces un amor verdaderamente tierno. Me reprendió severamente, cuando me vió de nuevo dispuesta á sucumbir en la terrible lucha que sostenia en mi interior. Pues no pudiendo ya resistir á las persecuciones de mis parientes y á las lágrimas de una madre tan tiernamente amada, la cual me decia, que á los veinte años debe una jóven tomar estado, comencé á inclinarme á ese parecer.

Pues Satanás me decia continuamente: «¿En qué piensas queriendo ser re-

»ligiosa? Vas á convertirte en la risa »del mundo, porque de ningun modo »has de perseverar; ¡y qué confusion, »dejar un hábito de religiosa y salir de »un convento! ¿Dónde podrás despues »ocultarte?» Me deshacia en lágrimas en medio de tantos asaltos, porque tenia un horror espantoso á los hombres y no acertaba á resolverme; pero mi divino Maestro, que conservaba siempre delante de mis ojos mi voto, tuvo finalmente piedad de mí.

Un dia, despues de la comunion, si no me engaño, me manifestó que era el más bello, el más rico, el más poderoso, el más perfecto y cumplido de todos los amantes, y que, siendo su prometida hacia tantos años, ¿de dónde me venia el querer romper con Él toda amistad, para unirme con otro? «¡Oh! »Entiende que si me haces este despre»cio, te abandono para siempre; pero »si me eres fiel, no te dejaré jamás y »me haré tu triunfo contra todos tus

»enemigos. Excuso tu ignorancia, por»que no me conoces aún; pero si per»maneces fiel y me sigues, te enseñaré »á conocerme y me manifestaré á ti.»

Infundia con estas palabras tan grande calma en mi interior, y mi espíritu se halló en paz tan suma, que desde aquel momento me determiné á morir ántes que cambiar. Me parecia entónces que mis lazos estaban rotos y que nada tenia que temer, pensando que áun cuando fuese la vida religiosa un purgatorio, me seria más dulce purificarme en ella el resto de mi vida, que verme precipitada en el infierno, tantas veces por mis grandes pecados y resistencias merecido.

Estando, pues, decidida por la vida religiosa, el divino Esposo de mi alma, temeroso de que me escapara áun de sus manos, me pidió que consintiera, ya que soy débil, en que se apoderase é hiciese dueño de mi libertad. No puse obstáculo en dar el consentimiento, y

desde entónces se apoderó tan fuertemente de mi albedrío, que no he gozado más de él en todo el resto de mi vida, y tanto se introdujo en mi corazon desde este momento, que, comenzando á comprenderle, renové mi voto. Le dije que, áun cuando me hubiese de costar mil vidas, no seria jamás otra cosa que monja, y me declaré resueltamente á la familia, suplicando se despidiera á todos los pretendientes, por ventajosos que fuesen los partidos que se me presentaran. Viendo esto mi madre, no lloraba ya en mi presencia; pero lo hacia continuamente delante de todos los que le hablaban del asunto, los cuales no dejaban de venir despues á decirme que seria la causa de su muerte, si la abandonaba, y que responderia de ello ante Dios, porque no tenia ella otra persona que la sirviese, y yo lo mismo podia ser religiosa despues de su muerte que durante su vida. Uno de mis hermanos me queria

mucho, é hizo cuantos esfuerzos pudo por separarme de mi intento, ofreciéndome parte de su hacienda para colocarme mejor en el mundo. Pero mi corazon habia llegado á ser insensible á todo esto, cual si fuera una roca; sin embargo, áun tuve que permanecer en el mundo tres años en medio de todas estas luchas.

Me enviaron á casa de uno de mis tios, que tenia una hija religiosa, la cual sabiendo que yo queria serlo, no omitió medio alguno para llevarme consigo. Pero no sintiendo yo inclinacion á la vida de las Ursulinas, le decia: «Con»sidera, que si entro en tu convento, lo »haré únicamente por amor tuyo, y lo »que yo quiero es ir á uno donde no »haya parientes, ni conocidos, á fin de »ser religiosa por el amor de mi Dios.» Con todo, como no sabia donde tendria lugar esto, ni qué religion debia abrazar, no conociendo otras, pensé sucumbir áun á sus importunaciones,

tanto más, cuanto que amaba mucho á esta prima y se servia ella de la autoridad de mi tio, á quien no osaba resistir, porque era mi tutor y porque me decia que me amaba como á una de sus hijas, siendo este el motivo de querer tenerme á su lado. Y jamás quiso ya permitir á mi hermano volverme á llevar á casa, diciendo que se juzgaba, como tutor, dueño de mi persona. Mi hermano, el cual todavía no habia querido consentir en que fuese religiosa, se indignó mucho contra mí, figurándose que estaba en inteligencia con mi tio en todo esto, para encerrarme en Santa Úrsula, mal de su grado, y sin consentimiento de mis parientes. Pero me hallaba muy distante de pensarlo así; tanto, que cuanto más me impelian, hasta queriendo obligarme á entrar, mayor era mi disgusto. Decíame una voz secreta: «No te quiero ahí, sino en Santa María.»

Entretanto no se me dejaba ir á la

000219

Visitacion, aunque habia allí muchas parientas, y se me decian cosas capaces de desanimar á los ánimos más resueltos; pero cuanto más hacian por separarme de ellas, más las amaba y sentia crecer el deseo de entrar en aquel convento á causa del nombre siempre amable de Santa María, el cual me daba á conocer era esta la religion que buscaba. Y viendo un dia un cuadro del gran San Francisco de Sales, me pareció que me dirigia una mirada tan paternalmente amorosa, llamándome su hija, que ya no le contemplaba, sino como á mi buen Padre. Pero no me atrevia á referir nada de esto, y no sabia cómo desprenderme de mi prima y de toda su Comunidad, pues tantos testimonios me daban de cariño, que no podia verme libre de ellas.

Estando ya á punto de abrírseme la puerta, recibí la noticia de que mi hermano se hallaba gravemente enfermo y mi madre muriéndose. Esto me obligó á partir inmediatamente para estar á su lado, sin que pudieran impedírmelo, aunque estaba delicada más que de enfermedad, de pena por verme como forzada á entrar en un convento, adonde creia que no me llamaba Dios. Caminé toda la noche, pues hay cerca de diez leguas, y así me libré de esta cruz para volver á tomar otra pesadísima, la cual no especificaré por haber escrito mucho sobre este asunto: baste decir que se redoblaron todas mis penas. Se me hacia ver que no podia mi madre vivir sin mí, pues el breve tiempo de mi ausencia era la causa de su mal, y que responderia á Dios de su muerte. Esto, dicho por eclesiásticos, me causaba crueles penas, por el tierno amor que la profesaba, y el demonio se servia de ello para hacerme creer que seria la causa de mi eterna condenacion.

Por otra parte, mi divino Maestro me instaba con tal fuerza á dejarlo todo

para seguirle, que no tenia reposo, y me inspiraba tan gran deseo de asemejarme á su vida de dolores, que cuanto sufria, me parecia nada; por lo cual redoblé mis penitencias. Vez hubo, en que arrojándome á los pies de mi crucifijo, le dije: «Querido Salvador mio, »¡cuán feliz seria si imprimierais en mí »vuestra imágen dolorosa!» Y Él me respondió: «Es lo que pretendo, con »tal que no me hagas resistencia y »cooperes por tu parte.» Para ofrecerle algunas gotas de mi sangre, me ligaba los dedos é introducia en ellos agujas; y ademas en cuaresma tomaba todos los dias disciplina, si me era posible, para honrar los azotes de su flagelacion. Mas por mucho que la prolongase, apénas podia sacar sangre que ofrecer á mi buen Maestro en cambio de la que Él habia derramado por mi amor. Y como era en las espaldas donde la recibia, empleaba en ella mucho tiempo.

Los tres dias de Carnaval, hubiera querido hacerme pedazos para reparar los ultrajes que hacen sufrir los pecadores á Su Divina Majestad; y en cuanto me era posible, los pasaba ayunando á pan y agua, dando á los pobres lo que recibia para mi alimento.

Pero mi mayor gozo al tratar de separarme del mundo, era pensar que comulgaria con frecuencia, pues no querian permítirmelo, sino rara vez, y me hubiera creido la más feliz de la tierra si hubiera podido hacerlo muchos dias, y pasar las noches sola delante del Santísimo Sacramento. Me sentia allí con una seguridad tal, que áun siendo medrosa en extremo, ni pensar en ello me ocurria desde que me hallaba en aquel sitio de delicias.

Las vísperas de la comunion sentíame abismada en tan profundo silencio, que ni hablar podia, sino violentándome, á causa de la grandeza de la accion que debia ejecutar, y cuando ya habia

comulgado, ni quisiera beber, ni comer, ni ver, ni hablar, ¡tan grandes eran la consolacion y la paz de que gozaba! Ocultábame cuanto podia para aprender á amar á mi soberano Bien, el cual tan poderosamente me estimulaba á devolverle amor por amor. Pero no creia poder amarle nunca por mucho que hiciera, si no aprendia á tener oracion, pues no sabia sino lo que Él me habia enseñado, esto es, abandonarme á todos sus santos impulsos, cuando podia encerrarme con Él en algun lugar secreto. Mas no se me dejaba bastante tiempo libre para esto, porque me era preciso trabajar todo el dia con los criados, y luego á la tarde, no se hallaba cosa, en cuanto habia hecho, capaz de satisfacer á los que vivian conmigo. Me daban tales gritos, que no encontrándome con valor para comer, me retiraba donde podia, en busca de algunos momentos de paz, de la cual tenia un ardiente deseo.

Pero, quejándome sin cesar á mi divino Maestro de que temia no poder agradarle en todas mis acciones—en vista del exceso de propia voluntad, pues hacia las mortificaciones á mi gusto, y no era para mí estimable, sino lo practicado por obediencia.—«¡Ay »de mí! Señor mio, le decia, dadme »alguno que me conduzca á vos.»—«¿No te basto yo?, me respondió, ¿qué »temes? Una hija tan amada como tú, »¿podrá perecer entre los brazos de un »Padre omnipotente?»

No sabia qué cosa era la direccion; pero tenia gran deseo de obedecer, y su bondad permitió que viniese á casa un religioso de San Francisco y pasase allí la noche para darnos tiempo de hacer nuestras confesiones generales. Hacia más de quince dias que tenia la mia escrita; porque, aunque la hiciera cuantas veces hallaba ocasion, siempre me parecia no haber hecho lo suficiente á causa de mis grandes peca-

dos. Me sentia penetrada de tan vivo dolor, que no sólo vertia lágrimas en abundancia, sino tambien hubiera querido con toda mi alma, en el exceso de mi sentimiento, publicar mis culpas delante de todo el mundo. Y me arrancaba los más profundos gemidos el estar tan ciega, que no las podia conocer, ni explicar lo enormes que eran. Esta era la causa de escribir cuantas podia encontrar en los libros que tratan de la confesion, poniendo á veces cosas que me horrorizaba sólo de pronunciarlas. Pero decia entre mí: «Quizá las cometí y no lo conozca, ni »lo recuerde; muy justo es, por lo tanto, »que sienta la confusion de decirlas, »para satisfacer á la divina Justicia.» Bien es verdad, que si hubiera creido haber hecho la mayor parte de las cosas, de que me acusaba, hubiera estado inconsolable. Y lo hubiera estado despues por esta clase de confesiones, si mi soberano Maestro no me hubiese

asegurado que todo lo perdonaba á una voluntad sin malicia. Hice, pues, esta confesion, en la cual este buen Padre me obligó á pasar muchas hojas sin querer permitirme leerlas, aunque le pedí me dejase satisfacer mi conciencia, porque era mayor pecadora de lo que se figuraba.

Esta confesion me dejó en suma tranquilidad. Le dije algunas cosas sobre mi manera de vivir, acerca de lo cual me dió muchos buenos consejos. Pero no osaba decir todo, por creer que era vanidad, de la cual tenia grandes temores por ser mi natural muy inclinado á ella, y pensaba que todo lo hacia por este motivo, no sabiendo distinguir el sentimiento del consentimiento. Esto me hacia sufrir mucho, porque temia en gran manera al pecado, que arrojaba á Dios léjos de mi alma. El buen Padre me prometió instrumentos de penitencia. Habiéndole dicho que mi hermano me retenia siempre en el mundo, ha-

ciendo ya cuatro ó cinco años que instaba por ser religiosa, el Padre le hizo tener tan grande escrúpulo, que despues el mismo hermano me preguntó si perseveraba en el designio de serlo, y habiéndole respondido que preferia morir á cambiar, me prometió satisfacer mis deseos. En su consecuencia, marchó para tratar la cuestion de mi dote, á verse con aquella buena prima, la cual no cesaba de perseguirme. Mi madre y los demás parientes querian que fuese religiosa en aquel convento. No sabia yo cómo librarme de esto; mas durante la ausencia de mi hermano, me dirigí á la Santísima Vírgen, mi buena Madre, por medio de San Jacinto, á quien dirigí muchas plegarias. Hice tambien celebrar varias Misas en honor de mi Santísima Madre, la cual me consoló amorosamente diciéndome: «Nada temas, tú serás mi verdadera hija, y yo seré siempre tu buena Madre.» Tanto me tranquilizaron estas

palabras, que no me dejaron duda alguna de su cumplimiento, á pesar de las oposiciones. Estando ya de vuelta mi hermano, me dijo: «Quieren cuatro mil »francos; en ti está el disponer, como »te plazca, de tus bienes, porque el »asunto no está concluido.» Entónces le dije resueltamente: «Ni se concluirá »nunca. Quiero ir á las Hijas de María, »á un convento muy lejano, donde no »haya ni parientas, ni conocidas, por»que no quiero ser religiosa, sino por »amor de mi Dios. Quiero abandonar »por completo el mundo, ocultándome »en cualquier sitio retirado, para olvi»darle y ser de él olvidada, y no vol»ver á verle jamás.»

Me propusieron muchos conventos sin poder decidirme por ninguno, pero apénas se nombró á Paray, se dilató de gozo mi corazon, y al instante consentí. Mas era preciso hacer una visita á las religiosas, con quienes viví á la edad de ocho años, y tuve que soste-

ner todavía un rudo combate. Me hicieron entrar llamándome su niñita y preguntándome por qué queria abandonarlas, pues me amaban tan tiernamente, que no podian verme entrar en Santa María, sabiendo que no habia de perseverar. Les respondí que queria experimentarlo, y me obligaron á prometer volver á su convento, si salia del otro; porque sabian bien, decian, que jamás podria acostumbrarme á estar allí. Y por mucho que me dijeron, no se conmovió mi corazon, ántes se afirmaba más y más en su resolucion diciendo: «Es preciso morir ó vencer.» Pero omito todos los demás combates, que me ví obligada á sostener, por llegar prontamente al lugar de mi dicha, mi querido Paray.

III

NOVICIADO DE MARGARITA

III

Pero bien entré en el locutorio, oí interiormente estas palabras: «Aquí es donde te quiero.» En seguida dije á mi hermano que era preciso arreglar mi asunto, pues no iria jamás á otro convento. Le sorprendió tanto más mi lenguaje, cuanto que no me habia llevado allí, sino para darme á conocer las religiosas de Santa María, y bajo mi promesa de no dejar traslucir mis intenciones; pero ya no

quise volverme á casa, sin que todo estuviese concluido. Despues de terminado, me parecia haber recibido una nueva existencia. ¡Tan grandes eran el contento y la paz que sentia! Esto produjo en mí una alegría tal, que cuantos ignoraban lo sucedido, decian: «¡Mi»radla, buenas trazas tiene de ser reli»giosa!» Y en efecto, me adornaba con más galas y me divertia como nunca lo habia hecho, por el gozo que tenia de verme toda de mi Soberano Bien; el cual, mientras esto escribo, me reconviene muchas veces con estas palabras: «Mira, hija mia, si podrás hallar »un padre apasionado de amor por su »hijo único, que haya tenido jamás »tanto cuidado de él, y podido darle »testimonios de amor tan tiernos, como »los que te he dado y te quiero dar del »mio, el cual ha tenido tanta paciencia »y tomado tanto trabajo para educarte »y amoldarte á mi manera desde la »más tierna edad, esperándote con dul-

»zura, sin mostrar repugnancia en me»dio de todas tus resistencias. Acuér»date, pues, de que si algun dia te ol»vidas del reconocimiento que me de»bes, no refiriendo á mí la gloria de »todo, ese seria el medio de secar para »ti este manantial inagotable de todo »bien.»

Habiendo llegado, finalmente, el dia tan apetecido de dar el adiós al mundo, sentí tal gozo y firmeza en mi corazon, que estaba como insensible, tanto al cariño, como al dolor que me manifestaban todos, especialmente mi madre, y no derramé ni una lágrima al dejarlos. Porque me parecia ser como una esclava, que se encuentra libre de su prision y de sus cadenas, para entrar en la casa de su esposo, tomar de ella posesion, y gozar con toda libertad de la presencia de este, de sus bienes y de su amor. Así se lo decia Jesus á mi alma, la cual estaba como fuera de sí misma. No sabia alegar otro motivo

de mi vocacion de religiosa de Santa María, sino que deseaba ser hija de la Santísima Vírgen.

Pero confieso que llegado el momento de entrar, era un sábado, cuantas penas habia padecido, y muchas otras me asaltaron con tal violencia, que me parecia iba á separarse mi alma de mi cuerpo en la entrada misma. Mas al instante se me mostró que *habia el Señor roto el saco de mi cautiverio, y revestídome con su manto de alegría;* y de tal manera me trasportaba el gozo, que decia á gritos: «Aquí es donde Dios me quiere.» Sentí inmediatamente todo esto insculpido en mi espíritu: que aquella casa de Dios era un lugar santo; que cuantas en ella moraban debian ser santas; que el mismo nombre de Santa María me indicaba la obligacion de serlo á toda costa; y que para esto era preciso abandonarse y sacrificarse á todo sin reserva ni miramiento alguno. Así se me hacia suave cuan-

to se me presentaba de más áspero en los principios. Todos los dias durante algun tiempo me despertaban las siguientes palabras, que oia distintamente, pero sin comprenderlas: *Dilexisti iustitiam* y el resto del versículo; otras veces: *Audi, filia, et vide*, etc., y tambien estas: «Has hallado tus sende»ros y tu camino, ¡oh mi Jerusalen, casa »de Israel! mas el Señor te guiará en »todas tus empresas, y no te abando»nará jamás.» Repetia todo esto, sin comprenderlo, á mi buena Maestra, á la cual, y tambien á mi Superiora, miraba como á Jesucristo en la tierra. Y como ni sabia, ni habia tenido jamás regla ni direccion, estaba tan gustosa de verme sujeta, para tener el consuelo de obedecer, que me parecian oráculos todas sus palabras, y juzgaba que no debia temer cosa alguna haciéndolo todo por obediencia.

Pidiendo á mi Maestra que me enseñase á hacer oracion, de la cual tenia

grande hambre mi alma, no quiso creer que, habiendo entrado religiosa á la edad de veintitres años, no supiese hacerla, pero despues de habérselo yo asegurado, me dijo por primera vez: «Id á colocaros delante de Nuestro Señor Jesucristo, como una tela preparada delante de un pintor.» Hubiera yo querido la explicacion de lo que me decia por no comprenderlo, pero no osaba pedírsela; mas el Señor me dijo: «Ven, que yo te lo enseñaré.»

Y tan pronto como fuí á la oracion, me hizo conocer que aquella tela preparada era mi alma, sobre la cual queria trazar todos los rasgos de su vida dolorosa, pasada toda ella en el amor, en las privaciones, en el alejamiento, en el silencio y en el sacrificio hasta la consumacion; que los imprimiría en mi alma despues de haberla purificado de todas las manchas, que le quedaban, sea de aficion á las cosas terrenas, sea de amor á mí misma ó á

las criaturas, hácia las cuales tenia mi natural complaciente demasiada inclinacion.

Me despojó en un momento de todo, y despues de haber dejado mi corazon vacío y desnuda por completo mi alma, encendió en ésta un deseo tan ardiente de amar y sufrir, que no me dejaba momento de reposo. Tan de cerca me perseguia, que no hallaba tiempo, sino para pensar en cómo podria amarle crucificándome: y tal ha sido siempre su bondad para conmigo, que nunca ha dejado de proveerme de medios para ello.

Aunque nada ocultaba á mi Maestra, tenia, sin embargo, el designio de dar más latitud de lo que era su intencion á sus permisos, respecto á las penitencias. Y habiéndome formado de esto como un deber, mi santo Fundador me reprendió tan ásperamente, sin dejarme pasar adelante, que nunca he tenido ánimo para volver á intentarlo.

Porque sus palabras quedaron para siempre grabadas en mi corazon: «Y bien, hija mia, ¿piensas poder agradar á Dios, traspasando los límites de la obediencia, que es el principal sostén y fundamento de esta Congregacion, y no las austeridades?»

Al fin pasó el tiempo de mis pruebas ardiendo yo en deseos de ser toda de Dios, y haciéndome Él la misericordia de aguijonearme continuamente para que llegase á esta dicha. Estando ya revestida con nuestro santo hábito, me dió á conocer mi divino Maestro que este era el tiempo de nuestros desposorios, los cuales le daban un nuevo dominio sobre mí, y me imponian una doble obligacion: la de amarle y la de hacerlo con amor de preferencia. En seguida me declaró que, á la manera de los más apasionados amantes, me haria gustar, durante este tiempo, cuanto hay de más dulce en la suavidad de sus amorosas caricias. En efecto, tan

excesivas fueron estas, que con frecuencia me sacaban fuera de mí, y me volvian incapaz de hacer cosa alguna.

Hundíame esto en tal abismo de confusion, que no osaba comparecer ante nadie, de lo cual me corrigieron manifestándome no ser este el espíritu de las hijas de Santa María, nada amante de caminos extraordinarios, y que no me recibirian, si no me apartaba de todo.

Quedé, por lo tanto, sumida en una gran desolacion, durante la cual puse todos mis esfuerzos, sin perdonar medio alguno, para separarme de esta senda; pero todo fué inútil. Sin que yo lo comprendiese, trabajaba por su parte con el mismo objeto mi buena Maestra, pues viéndome con mucha hambre de oracion y de aprender á hacerla, y que á pesar de todos mis esfuerzos me era imposible seguir los métodos por ella señalados, teniendo precision de volver siempre al de mi divino Maes-

tro, aunque hiciese todo lo posible para olvidarle y separarme de él, me señaló por auxiliar de una oficiala, que me hacia trabajar durante la oracion. Despues de lo cual, iba á pedir permiso para volver á empezarla, y mi Maestra me corregia ásperamente diciéndome que la hiciese ocupada en los ejercicios manuales del Noviciado.

Así lo hacia, sin poder nada de esto distraerme del suave gozo y consolacion de mi alma, ántes bien los sentia ir siempre en aumento. Se me ordenó asistir á los puntos de la meditacion por la mañana, y salir, despues de oidos, á barrer el lugar que se me designase, hasta la hora de rezar prima.

Terminada esta, se me pedia cuenta de mi oracion, ó más bien de la que en mí, y por mí hacia mi soberano Maestro, no llevando yo en todo ello otra mira, sino la de obedecer, en lo cual sentia un placer sumo, por grandes que

fuesen las penas de mi cuerpo al ejecutarlo. Luego cantaba:

«Cuanto más contradicciones
Encuentre mi casto amor,
Tanto más crece la llama,
Que el Bien único encendió.
Que me aflijan noche y dia,
No me robarán mi Dios;
Cuanto es más grande el tormento,
Más me une á su Corazon.»

Tenia un hambre insaciable de humillaciones y mortificaciones, si bien se resentia vivamente mi sensibilidad natural. Mi divino Maestro me apretaba sin cesar á que las pidiera, y esto me las proporcionaba excelentes, pues aunque se me negaban las mortificaciones pedidas como indigna de hacerlas, se me imponian otras no esperadas, y tan opuestas á mis inclinaciones, que me veia obligada en el violento esfuerzo, que debia hacerme, á decir á mi buen Maestro: «¡Ay de mí! »venid en mi ayuda, ya que vos sois »la causa.» Y Él lo hacia diciéndome: «Reconoce, pues, que nada puedes sin

»mí; yo no dejaré nunca de socorrerte, »con tal que tengas siempre tu nada y »tu debilidad abismadas en mi forta»leza.»

No hablaré, sino de una sola de esa clase de ocasiones mortificativas, superior á mis fuerzas, en la que me hizo verdaderamente experimentar el efecto de su promesa. Es una cosa, hácia la cual tenia toda mi familia una aversion natural tan grande, que al firmar el contrato de recepcion, exigió mi hermano que no se me obligara jamás á hacerla. No hubo dificultad en concedérselo, siendo cosa de suyo indiferente. Pues en eso me fué preciso ceder, porque se me atacó por todas partes con tal vehemencia, que no sabia ya qué resolucion tomar, tanto más, cuanto me parecia mil veces más fácil sacrificar mi propia vida, y si no hubiera amado mi vocacion más que mi existencia, habria entónces preferido abandonarla, ántes de resolverme á ejecu-

tar lo exigido. Pero era en vano el resistirme, pues mi Soberano queria este sacrificio, del cual dependian otros muchos. Tres dias estuve combatiendo con tanta violencia, que excitaba la compasion, especialmente de mi Maestra, delante de la cual reconocia desde luego la obligacion de hacer lo que me decia, y despues me faltaba el valor. Me moria de pena de no poder vencer mi natural repugnancia y le decia: «¡Mi»serable de mí, que no me quitarais la »vida, ántes que permitirme faltar á la »obediencia!» Al oirlo me rechazó: «Id, »dice, no sois digna de practicarla, y »ahora os prohibo hacer lo que os »mandaba.» Esto me bastó. Desde luego dije: «Es necesario morir ó vencer.» Me fuí ante el Santísimo Sacramento, mi ordinario refugio, donde permanecí unas tres ó cuatro horas llorando y gimiendo para obtener la fuerza de vencerme: «¡Ay de mí! ¿me habeis aban»donado, Dios mio? Y bien ¿ha de ha-

»ber aún reserva alguna en mi sacrifi-»cio, y no ha de ser del todo consu-»mado en perfecto holocausto?» Mas mi Señor, queriendo llevar hasta el extremo la fidelidad de mi amor hacia Él, como despues me lo ha manifestado, se complacia en ver combatir en su indigna esclava al amor divino contra las repugnancias naturales. Por fin salió victorioso; porque sin otra consolacion ni otras armas, que las palabras siguientes: «Nada ha de negarse al »amor,» fuí á arrojarme de rodillas ante mi Maestra, pidiéndole por piedad me permitiese hacer lo que de mí habia deseado. Finalmente lo hice, si bien no he sentido jamás repugnancia tan grande, la cual se renovaba todas las veces que debia hacerlo, sin dejar por eso de seguir ejecutándolo durante ocho años.

Despues de este sacrificio fué cuando se duplicaron todas las gracias y favores de mi Soberano; y de tal modo

inundaron mi alma, que me veia obligada á decir con frecuencia: «Suspen-»ded, Dios mio, este torrente que me »anega, ó dilatad mi corazon para re-»cibirlo.» Pero suprimo todas estas predilecciones y profusiones del puro amor, pues eran tan grandes, que no podria convenientemente explicarlas.

Se me atacó todavía sobre este particular al acercarse el tiempo de mi Profesion, diciéndome que se veia claramente que no era á propósito para adquirir el espíritu de la Visitacion, el cual miraba con recelo todo ese género de vías sujetas á la ilusion y al engaño. Representé al instante á mi Señor esto, dándole mis quejas: «¡Ay de mí! ¿Se-»reis, Señor mio, la causa de que se me »despida?» A lo cual me respondió: «Dí á tu Superiora que no hay razon »para temer el recibirte, pues yo res-»pondo por ti, y seré tu fiador si me »juzga capaz de serlo.» Habiendo dado cuenta de esto á mi Superiora, me or-

denó pedirle, como prenda de seguridad, que me hiciese útil á la santa religion por la práctica exacta de todas las observancias. Sobre este punto me respondió su amorosa bondad: «Y bien, »hija mia, todo eso te concedo, pues te »haré más útil á la religion de lo que »ella piensa; pero de una manera, que »aún no es conocida sino por mí: y en »adelante adaptaré mis gracias al espí»ritu de la regla, á la voluntad de tus »Superioras y á tu debilidad, de suer»te, que has de tener por sospechoso »cuanto te separe de la práctica exacta »de la regla, la cual quiero que prefie»ras á todo. Ademas, me contento de »que antepongas á la mia la voluntad »de tus Superioras, cuando te prohiban »ejecutar lo que te hubiere mandado. »Déjales hacer cuanto quisieren de ti: »yo sabré hallar el medio de cumplir »mis designios, áun por vías que pa»rezcan opuestas y contrarias. No me »reservo sino el dirigir tu interior y

»especialmente tu corazon, pues ha»biendo establecido en él el imperio »de mi amor puro, jamás le cederé á »ningun otro.» Nuestra Madre y nuestra Maestra quedaron contentas de todo esto, cuyos efectos tan sensiblemente se manifestaron, que no podian dudar de que procediesen de la verdad mis palabras; pues ni sentia turbacion alguna en mi interior, ni cuidaba de otra cosa, sino de cumplir la obediencia, por mucho que para ello debiera sufrir. Pero me servian de martirio insoportable la estima y complacencia con que se me trataba, y mirábalas como un justo castigo de mis pecados, los cuales me parecian tan enormes, que me hubiera sido dulce el sufrir todos los tormentos imaginables para expiarlos y satisfacer á la divina justicia.

IV

PROFESION.—PRIMERAS MANIFESTACIONES DEL CORAZON DIVINO

IV

CONSEGUIDO el tan deseado bien de la santa Profesion, en el dia mismo que la hice quiso mi divino Maestro recibirme por su esposa; pero de una manera imposible de explicar. Sólo diré que me hablaba y trataba como si estuviera en el Tabor, siéndome esto más duro que la muerte, por no ver en mí conformidad alguna con mi Esposo, al cual miraba desfigurado por completo y desgarrado sobre el Calvario. Pero Él

me dijo: «Déjame hacer cada cosa á »su tiempo, pues quiero que seas aho»ra el entretenimiento de mi amor, el »cual desea divertirse contigo á su pla»cer, como lo hacen los niños con sus »muñecos. Es menester que te aban»dones así sin otras miras ni resisten»cia alguna, dejándome hallar mi con»tento á tus expensas; pero nada per»derás en ello.» Me prometió no alejarse de mí jamás, diciéndome: «Está »siempre pronta y dispuesta á recibir»me, porque quiero en adelante hacer »en tí mi morada, para conversar y en»tretenerme contigo.»

Desde este momento me favoreció con su divina presencia; pero de un modo, cual no lo habia experimentado hasta entónces, pues nunca habia recibido una gracia tan grande, á juzgar por los efectos obrados siempre en mí desde este dia. Le veia, le sentia cerca de mí y le oia mucho mejor que con los sentidos corporales, mediante

los cuales hubiera podido distraerme para desviarme de Él; pero á esto no podia poner obstáculo alguno, no teniendo en ello ninguna participacion. Me infundió un anonadamiento tan profundo, que me sentí súbitamente como caida y perdida en el abismo de mi nada, del que no he podido ya salir por respeto y homenaje á esta infinita grandeza, ante la cual queria estar siempre postrada con el rostro en tierra ó de rodillas. Hasta ahora lo he hecho, en cuanto mis ocupaciones y debilidad han podido permitírmelo, pues Él no me dejaba reposar en una postura ménos respetuosa, y no me atrevia á sentarme, á no ser cuando me hallaba en presencia de alguna persona, por la consideracion de mi indignidad, la cual Él me hacia ver tan grande, que no osaba presentarme á nadie sino con extraña confusion, y deseando que no se acordasen de mí, sino para despreciarme, humillarme é injuriarme, por-

que sólo eso merecia. Gozaba tanto este único amor de mi alma en verme tratar así, que, contra la sensibilidad de mi natural orgulloso, no me dejaba hallar gusto entre las criaturas, sino en las ocasiones de contradiccion, de humillacion y de abyeccion. Eran estas mi manjar delicioso, el cual nunca ha permitido Él que me faltase, ni jamás me decia: «Basta». Antes al contrario, suplia Él mismo la falta de parte de las criaturas ó de mí misma; pero ¡Dios mio! era de un modo mucho más sensible, cuando os mezclábais vos en ello, y seria demasiado larga mi explicacion.

Me honraba con sus conversaciones; unas veces cual si fuera un amigo ó un esposo el más apasionado, otras cual un padre herido de amor por su hijo único, otras, en fin, bajo formas diferentes. Callo los efectos, que producia esto en mí. Diré solamente que me hizo ver en Él dos santidades, la una

de amor y la otra de justicia; ambas rigurosísimas á su manera, y ambas se ejercerian continuamente sobre mí. La primera me haria sufrir una especie de purgatorio dolorosísimo y difícil de soportar, para alivio de las santas almas en él detenidas, á las cuales permitiria dirigirse á mí, segun su beneplácito. Y la santidad de justicia, tan terrible y espantosa para los pecadores, me haria sentir todo el peso de su justo rigor, atormentándome en beneficio de los mismos y «particularmente, me dijo, »de las almas que me están consagra»das, por cuya causa te haré ver y sen»tir de aquí en adelante lo que te con»vendrá sufrir por mi amor.» Mas Vos, Dios mio, que conoceis mi ignorancia é impotencia para explicar cuanto ha pasado despues entre vuestra soberana Majestad y vuestra miserable é indigna esclava, por los efectos siempre activos de vuestro amor y de vuestra gracia, dadme el medio de poder decir

algo de lo más inteligible y sensible, y capaz de hacer ver hasta qué exceso de liberalidad ha ido vuestro amor hacia un objeto tan miserable é indigno.

Mas como nada ocultaba á mi Superiora y Maestra, aunque muchas veces no comprendiese yo misma lo que les estaba diciendo, me hicieron ellas conocer que iba por caminos extraordinarios impropios de las hijas de Santa María. Esto me afligió mucho y fué causa de no dejar género de resistencia, que no hiciese para separarme de tales caminos. Mas era en vano, porque este Espíritu habia adquirido tal imperio sobre el mio, que no podia ya disponer de este, ni tampoco de mis otras potencias interiores, las cuales tenia absortas en Él. Me esforzaba cuanto podia por seguir el método de oracion, que me enseñaban, con las otras prácticas; pero nada quedaba en mi espíritu. Por más que leia los puntos de mi oracion se desvanecia todo,

y no me era posible entender, ni retener nada, fuera de lo que me enseñaba mi divino Maestro. Esto me hacia sufrir mucho, porque se destruian en mí, en cuanto era posible, todas sus operaciones, y sin embargo, se me ordenaba hacerlo así. De este modo, siguiendo exactamente cuanto la obediencia me mandaba, combatia contra Él con todas mis fuerzas para sustraerme á su poder, que hacia inútil el mio.

Quejábame á Él diciéndole: «Y bien, »mi soberano Maestro, ¿por qué no me »dejais en el camino ordinario de las »hijas de Santa María? ¿Me habeis trai»do á vuestra santa casa para perder»me? Dad esas gracias extraordina»rias á las almas escogidas, las cuales »sabrán corresponderos y glorificaros »mejor que yo, que sólo sé resistiros. »No quiero sino vuestro amor y vues»tra cruz, y esto me basta para ser una »buena religiosa, que es todo cuanto »deseo.» Y Él me respondió: «Comba-

»tamos, hija mia, lo admito gustoso, y »veremos quién conseguirá la victoria, »si el Criador ó la criatura, la fuerza ó »la debilidad, la Omnipotencia ó la im»potencia; pero el que sea vencedor, lo »será para siempre.» Púsome esto en una confusion extrema, durante la cual me dijo: «Sabe que no me has ofendido »con esas luchas y oposiciones que me »has hecho por obediencia, por la cual »di mi vida; pero quiero enseñarte que »soy el dueño absoluto de mis dones »y de mis criaturas, y que nada po»drá impedirme cumplir mis designios. »Por lo cual no sólo quiero que hagas »cuanto te manden tus Superioras, sino »más aún, que nada hagas, de cuanto »yo te ordenare, sin su consentimiento; »porque amo la obediencia y sin ella no »se me puede agradar.» Quedó con esto complacida mi Superiora y me ordenó abandonarme en brazos del divino poder, lo cual hice con grande gozo, y sintiendo súbitamente paz en mi alma,

que estaba sufriendo una tiranía cruel.

Me pidió, despues de comulgar, que le reiterase el sacrificio ofrecido ya, de mi libertad y de todo mi ser; lo hice con toda mi alma diciéndole: «Con tal »que no hagais, mi Soberano Maes»tro, aparecer nunca en mí nada de »extraordinario, á no ser lo que pueda »causarme mayor humillacion y des»precio delante de las criaturas y des»truirme en su estimacion; pues, ¡ay »de mí! conozco, Dios mio, mi flaqueza, »temo haceros traicion y que no estén »seguros en mí vuestros dones.»— «Nada temas, hija mia, me dijo, todo »lo arreglaré, porque yo mismo seré el »custodio y te haré impotente para re»sistirme.»—«¿Y qué, Dios mio, me »dejareis vivir siempre sin sufrir?»

Se me mostró inmediatamente una gran cruz, cuya extremidad no podia ver; pero toda ella estaba cubierta de flores: «He ahí el lecho de mis castas »esposas, me dijo, donde te haré gustar

»las delicias de mi amor: poco á poco »irán cayendo esas flores, y sólo te »quedarán las espinas, ocultas ahora á »causa de tu flaqueza, las cuales te ha»rán sentir tan vivamente sus punza»das, que tendrás necesidad de toda »la fuerza de mi amor para soportar el »sufrimiento.» Regocijáronme en extremo estas palabras, pensando que no habria jamás penas, humillaciones, ni desprecios suficientes á extinguir mi ardiente sed de padecer, ni podria hallar yo mayor sufrimiento que la pena de no sufrir lo bastante, pues no dejaba de estimularme su amor de dia ni de noche. Pero me afligian las dulzuras: deseaba la cruz sin mezcla, y habria querido por esto ver siempre mi cuerpo agobiado por las austeridades y el trabajo. Tomaba de éste cuanto mis fuerzas podian soportar, porque no me era posible vivir un instante sin sufrimiento. Cuanto más sufria, más contentaba á la santidad de amor, la cual

habia encendido en mi corazon tres deseos, que me atormentaban incesantemente: el uno de sufrir, el otro de amarle y comulgar, el tercero de morir para unirme con Él.

No me cuidaba ya de tiempos ni de lugares, desde que me acompañaba á todas partes mi Soberano. Me hallaba indiferente para todas las disposiciones, que acerca de mí pudieran tomarse: el estar bien segura de que Él se habia entregado á mí sin mérito alguno de mi parte y sólo por su pura bondad, y por consiguiente nadie podria quitármelo, me hacia vivir contenta en todas partes. Experimenté esto, cuando se me obligó á hacer los ejercicios de mi profesion guardando en el jardin una asnilla con su pollino, los cuales no poco ejercitaban mi paciencia, porque no se me permitia atarla, y se queria que la retuviese en un pequeño ángulo ántes señalado, por temor de que no causaran daño alguno, y no hacian sino

correr. No hallaba momento de reposo hasta el toque del *Angelus* de la tarde, que iba á cenar, y áun despues volvia al establo, donde empleaba parte del tiempo de los Maitines en darle su pienso.

Tal era mi gusto en esta ocupacion, que no me sentiria inquieta aunque hubiera de durarme toda la vida. Tan fiel compañero hallaba en mi Soberano, que para nada me impedian cuantas carreras me era preciso dar. Pues allí fué donde recibí tan grandes favores, cual nunca los habia experimentado semejantes; sobre todo aquel en que me dió conocimientos acerca del misterio de su sagrada Pasion y muerte. Pero su descripcion es un abismo, y la suprimo por no hacerme interminable. Diré solamente que me inflamó tanto en amor de la cruz, que no puedo vivir un instante sin sufrir; pero sufrir en silencio, sin consuelo, alivio ni compasion, y morir con el Soberano de mi alma,

agobiada bajo la cruz de toda clase de oprobios, humillaciones, olvidos y desprecios. Este amor me ha durado toda mi vida, y la he pasado toda entera, gracias á su misericordia, en este género de ejercicios del puro amor. Él ha tenido siempre el cuidado de proveerme con abundancia de estos manjares tan deliciosos á su paladar, que jamás dice: «Basta.»

Una vez me dió esta leccion mi divino Maestro con motivo de una falta cometida por mí: «Sabe, me dijo, que »soy un Maestro santo, y enseño la san»tidad. Soy puro, y no puedo sufrir la »más pequeña mancha. Por lo tanto, es »preciso que andes en mi presencia con »simplicidad de corazon é intencion rec»ta y pura. Pues no puedo sufrir el me»nor desvío, y te daré á conocer que, si »el exceso de mi amor me ha movido »á ser tu Maestro para enseñarte y for»marte á mi manera y segun mis desig»nios, no puedo soportar las almas ti-

»bias y cobardes, y que, si soy manso »para sufrir tus flaquezas, no seré mé»nos severo y exacto en corregir tus in»fidelidades.»

Bien me lo ha hecho experimentar durante toda mi vida; porque puedo decir que no me ha dejado pasar la más pequeña falta, por poco de propia voluntad ó de negligencia que hallare en ella, sin reprenderme y castigarme, aunque siempre segun su infinita bondad y misericordia. Confieso, sin embargo, que nada era para mí más doloroso y terrible que verle incomodado contra mí, aunque fuese poco. En su comparacion nada me parecian los demás dolores, correcciones y mortificaciones; y así iba inmediatamente á pedir penitencia, pues se contentaba con las impuestas por la obediencia.

Lo que más severamente me reprendia, era las faltas de respeto y atencion delante del Santísimo Sacramen-

to, en particular en las horas de oracion y del Oficio divino, las de rectitud y pureza de intencion en ellos y la vana curiosidad. Aunque sus ojos puros y perspicaces descubren el más mínimo defecto de caridad y humildad para reprenderlos con rigor, nada es, sin embargo, comparable ante ellos con la falta de obediencia, ya sea á los superiores, ya á las reglas: la menor réplica á los Superiores con señales de repugnancia le es insoportable en un alma religiosa. «Te engañas, me decia, »creyendo que puedes agradarme con »esa clase de acciones y mortificacio»nes, en las cuales la voluntad propia, »hecha ya su eleccion, más bien que »someterse, consigue doblegar la vo»luntad de las Superioras. ¡Oh! sabe »que rechazo todo eso como fruto cor»rompido por el propio querer, el cual »en un alma religiosa me causa horror; »y me gustaria más verla gozando de »todas sus pequeñas comodidades por

»obediencia, que martirizándose con »austeridades y ayunos por voluntad »propia.» Y así cuando me ocurre hacer una de esas mortificaciones y penitencias por propia eleccion, sin órden suya ó de mis Superioras, no me permite siquiera ofrecérselas, y me corrige imponiéndome la pena, como lo hace con las demás faltas, cada una de las cuales tiene la suya particular en este purgatorio, en que me purifica para hacerme ménos indigna de su divina presencia, comunicacion y operaciones; pues Él es quien todo lo hace en mí.

Un dia que tomaba disciplina, al terminar el *Ave maris stella,* que era el tiempo concedido para esto, me dijo: «He ahí mi parte,» y prosiguiendo yo, «He ahí la del demonio—añadió—lo »que haces ahora:» Lo cual me hizo cesar al momento. Otra vez, tomándola por las almas del Purgatorio, desde el instante en que quise traspasar los límites permitidos, me rodearon estas quejándose de que descargaba sobre ellas los golpes. Por esto me resolví á morir ántes de traspasar, por poco que fuera, los límites de la obediencia; pues, despues de todo, me obligaba á hacer penitencia por ello. Pero nada encontraba difícil, porque todavía en esa época tenia Él anegado en las dulzuras de su amor, todo el rigor de mis penas y sufrimientos. Pedíale con frecuencia que apartara de mí tales dulzuras, para dejarme gustar con placer las amarguras de sus angustias, abandonos, agonías, oprobios y demás tormentos; mas respondíame que debia someterme con indiferencia á todas sus varias disposiciones y nunca dictarle leyes: «Yo te »haré comprender en adelante que soy »un sabio y prudente Director, y sé »conducir sin peligro las almas, cuan»do se abandonan á mí, olvidándose »de sí mismas.»

Un dia, que me hallaba un poco más

libre, pues las ocupaciones de la obediencia apénas me dejaban reposar, estando delante del Santísimo Sacramento, me encontré toda penetrada por esta divina presencia; pero tan fuertemente, que me olvidé de mí misma y del lugar en que estaba, y me abandoné á este Espíritu entregando mi corazon á la fuerza de su amor. Me hizo reposar por muy largo tiempo sobre su pecho divino, en el cual me descubrió todas las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su Corazon Sagrado, que hasta entónces me habia tenido siempre ocultos. Aquí me los descubrió por vez primera; pero de un modo tan operativo y sensible, que, á juzgar por los efectos producidos en mí por esta gracia, no me deja motivo alguno de duda, á pesar de temer siempre engañarme en todo cuanto refiero de mi interior. He aquí cómo me parece haber sucedido esto:

Él me dijo: «Mi divino Corazon está

»tan apasionado de amor por los hom-
»bres, y por ti en particular, que no
»pudiendo ya contener en sí mismo las
»llamas de su caridad ardiente, le es
»preciso comunicarlas por tu medio, y
»manifestarse á todos para enriquecer-
»los con los preciosos tesoros, que te
»descubro, y los cuales contienen las
»gracias santificantes y saludables ne-
»cesarias para separarles del abismo de
»perdicion. Te he elegido como un
»abismo de indignidad y de ignorancia,
»á fin de que sea todo obra mia.»

Me pidió despues el corazon, y yo le supliqué que le tomase. Le cogió é introdujo en su Corazon adorable, en el cual me le mostró como un pequeño átomo, que se consumia en aquel horno encendido. Le sacó de allí cual si fuera una llama ardiente en forma de corazon, y volvióle á poner en el sitio de donde le habia cogido, diciéndome: «He ahí, »mi muy amada, una preciosa prenda »de mi amor, el cual encierra en tu pe-

»cho una pequeña centella de sus vivas »llamas para que te sirva de corazon, y »te consuma hasta el postrer momen»to. No se extinguirá su ardor, ni podrá »encontrar refrigerio á no ser algun tan»to en la sangría, cuya sangre marcaré »de tal modo con mi cruz, que en vez »de alivio te servirá de humillacion y »sufrimiento. Por esto quiero que la pi»das con sencillez, ya para cumplir la »regla, ya para darte el consuelo de »derramar tu sangre sobre la cruz de »las humillaciones. Y por señal de no »ser pura imaginacion la grande gracia, »que acabo de concederte, y sí el fun»damento de todas las que te he de »hacer aún, te quedará para siempre el »dolor de tu costado, aunque he cerra»do yo mismo la llaga; y si tú no te »has dado hasta el presente otro nom»bre que el de *mi esclava,* yo te doy »desde ahora el de *discípula muy que»rida de mi Sagrado Corazon.*»

Despues de un favor tan grande, y

que duró por tan largo espacio de tiempo sin saber si estaba en el cielo ó en la tierra, quedé por muchos dias como abrasada toda y embriagada y tan fuera de mí, que no podia reponerme para hablar, sino haciéndome violencia; y era tanto lo que me necesitaba violentar para recrearme y comer, que llegaba al extremo de agotar mis fuerzas para sobreponerme á la pena, causándome esto una humillacion profunda. Tampoco podia dormir, porque la llaga, cuyo dolor me es tan grato, engendra en mí tan vivos ardores, que me consume y me abrasa viva.

Era tal la plenitud de Dios, que en mí sentia, que no me era posible explicárselo á mi Superiora, como lo habria deseado y hecho, no obstante la pena y confusion que me causan semejantes favores, cuando los refiero, por mi grande indignidad, la cual me obligaria á elegir ántes mil veces el publicar mis pecados en presencia de todo el mun-

do. Y hubiera experimentado una consolacion grande, si se me hubiese permitido hacer públicamente mi confesion general en el refectorio, para poner de manifiesto mi gran fondo de corrupcion, á fin de que nada se me atribuyera de los favores recibidos.

V

LA VÍCTIMA PREPARADA POR EL AMOR

V

LA gracia, de que acabo de hablar con motivo de mi dolor de costado, se me renovaba los primeros viérnes de mes en esta forma. Se me representaba el Sagrado Corazon como un sol brillante de esplendorosa luz, cuyos ardentísimos rayos caian á plomo sobre mi corazon, el cual se sentia al instante abrasado con tan vivo fuego, que parecia me iba á reducir á cenizas. Estos eran los momentos

particularmente elegidos por el Maestro divino para manifestarme lo que queria de mí y descubrirme los secretos de este amable Corazon.

Una vez entre otras, estando expuesto el Santísimo Sacramento, despues de sentirme completamente retirada al interior de mí misma por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias, se me presentó Jesucristo, mi divino Maestro, todo radiante de gloria, con sus cinco llagas, que brillaban como cinco soles, y por todas partes salian llamas de su sagrada humanidad, especialmente de su adorable pecho, el cual parecia un horno. Abrióse este y me descubrió su amantísimo y amabilísimo Corazon, que era el vivo foco de donde procedian semejantes llamas.

Entónces fué cuando me descubrió las maravillas inexplicables de su amor puro, y el exceso, á que le habia conducido el amar á los hombres, de los

cuales no recibia sino ingratitudes y desprecios. «Esto, me dijo, me es »mucho más sensible, que cuanto he »sufrido en mi pasion: tanto, que si »me devolvieran algun amor en retor»no, estimaria en poco todo lo que »por ellos hice, y querria hacer áun »más, si fuese posible; pero no tie»nen para corresponder á mis desve»los por procurar su bien, sino frialdad »y repulsas. Mas tú, al ménos, dame »el placer de suplir su ingratitud, en »cuanto puedas ser capaz de hacerlo.» Y manifestándole mi impotencia, me respondió: «Toma, ahí tienes con qué »suplir todo cuanto te falta.» Y al mismo tiempo se abrió el divino Corazon, y salió de él una llama tan ardiente, que creí ser consumida, pues me sentí toda penetrada por ella, y no podia ya sufrirla, tanto que le rogué tuviera compasion de mi flaqueza.

«Yo seré, me dijo, tu fuerza, nada »temas; pero sé atenta á mi voz, y á

»cuanto te pido para disponerte al »cumplimiento de mis designios. Pri»meramente, me recibirás sacramen»tado, siempre que te lo permita la »obediencia, sean cuales fueren las »mortificaciones y humillaciones, que »vengan sobre ti, las cuales debes »aceptar como gajes de mi amor. »Tambien comulgarás todos los pri»meros viérnes de cada mes, y todas »las noches del juéves al viérnes te »haré participante de la tristeza mor»tal, que tuve á bien sentir en el »Huerto de las Olivas. Esta tristeza te »reducirá, sin poder tú comprenderlo, »á una especie de agonía más dura de »soportar, que la muerte. A fin de »acompañarme en la humilde oracion, »que hice entónces á mi Padre en me»dio de todas mis angustias, te levan»tarás entre once y doce de la noche »para postrarte conmigo, durante una »hora, la faz en tierra, ya para calmar »la cólera divina pidiendo misericordia

»por los pecadores, ya para dulcificar »de algun modo la amargura, que sen»tí en el abandono de mis apóstoles, »la cual me obligó á echarles en cara »que no habian podido velar una hora »conmigo; y durante esta hora harás lo »que te enseñare. Mas oye, hija mia, »no creas ligeramente á todo espíritu, »y no te fies, porque Satanás rabia por »engañarte. He aquí por qué no has de »hacer nada sin la aprobacion de los »que te guian, á fin de que teniendo »el permiso de la obediencia, no pue»da seducirte; pues no tiene poder al»guno sobre los obedientes.»

Durante todo este tiempo, ni tenia conciencia de mí misma, ni áun sabia dónde estaba. Cuando vinieron á sacarme de allí, viendo que no podia hablar, ni áun sostenerme sino á duras penas, me condujeron á nuestra Madre, la cual viéndome como enajenada, ardiendo toda, temblorosa y arrodillada á sus pies, me mortificó y humilló con

todas sus fuerzas, dándome en ello un placer y gozo increibles. Pues me creia hasta tal punto criminal, y tan llena de confusion estaba, que cualquier riguroso tratamiento, á que se hubiera podido someterme, me habria parecido demasiado suave. Despues de haberla referido, aunque con extrema confusion, cuanto habia pasado, recargó la dósis de mis humillaciones, y no me concedió por esta vez nada de cuanto yo creia que Nuestro Señor me mandaba hacer, ni acogió sino con desprecio cuanto yo la habia dicho. Esto me consoló mucho y me retiré con grande paz.

El fuego, que me devoraba, me produjo desde luego una fiebre grande y continua; pero tenia demasiado placer en sufrir para quejarme, ó decir cosa alguna, hasta que al fin me faltaron las fuerzas. Conoció el médico que tenia la fiebre hacia ya largo tiempo, y áun sufrí despues más de sesenta accesos. Ja-

más experimenté consuelo semejante, pues los extremos dolores del cuerpo mitigaban algun tanto mi ardiente sed de sufrir. No se nutria ni animaba este fuego devorador sino con la madera de la cruz y de toda clase de sufrimientos, desprecios, humillaciones y dolores, sin padecer nunca dolor capaz de igualar á la pena de no sufrir lo bastante. Se creyó segura mi muerte.

Pero continuando siempre Nuestro Señor sus favores, recibí uno incomparable en un deliquio, que me sobrevino. Me pareció que se presentaron ante mí las tres Personas de la adorable Trinidad, é hicieron sentir grandes consolaciones á mi alma. Mas no pudiendo explicarme sobre lo sucedido entónces, diré solamente que, á mi parecer, el Eterno Padre presentándome una pesadísima cruz erizada toda de espinas y acompañada de todos los instrumentos de la Pasion, me dijo: «Toma, »hija mia, te hago el mismo presente

»que á mi muy amado Hijo.» «Y yo, »añadió mi Señor Jesucristo, te clavaré »en ella como lo fuí yo mismo, y te »haré fiel compañía.» La tercera de estas adorables Personas me dijo: «Que »Él, que no era más que amor, me con»sumiria allí purificándome.» Quedó mi alma con una paz y un gozo inconcebibles, y no se ha borrado jamás la impresion hecha en ella por las divinas Personas. Se me representaron bajo la forma de tres jóvenes vestidos de blanco, radiantes de luz, de la misma edad, grandeza y hermosura. No comprendí entónces, como lo he comprendido despues, los grandes sufrimientos que esto me anunciaba.

Como se me ordenó pedir á Nuestro Señor la salud, lo hice; si bien con miedo de ser oida. Pero se me dijo que por el restablecimiento de mi salud se conoceria claramente si, lo que en mí pasaba, venia del Espíritu de Dios, y segun esto se me permitiria despues

hacer cuanto Él me habia mandado, ya con respecto á la comunion de los primeros viérnes de mes, ya en cuanto á la hora de vela en la noche del juéves al viérnes, como Él deseaba. Habiendo representado al Señor todo esto por obediencia, recobré al instante la salud. Pues me recreó con su presencia la Santísima Vírgen, mi buena Madre, me hizo grandes caricias, y despues de una visita bastante prolongada, me dijo: «Anímate, mi querida hija, con la »salud, que te doy de parte de mi divi»no Hijo, porque aún te resta que an»dar un camino largo y penoso, siem»pre sobre la cruz, traspasada por los »clavos y las espinas y desgarrada »por los azotes; pero no temas, no te »abandonaré, te prometo mi protec»cion.» Promesa, cuyo cumplimiento he experimentado claramente en las grandes necesidades, que de ella he tenido despues.

Mi soberano Señor continuaba re-

creándome con su presencia actual y sensible, segun me habia prometido hacerlo siempre, como arriba dije; y en efecto, jamás me privó de ella por culpas, que cometiese. Pero como su santidad no puede sufrir la más pequeña mancha, y me hace notar hasta la más ligera imperfeccion, no podia yo soportar ninguna, en que hubiera algo, aunque poco, de voluntad propia ó de negligencia. Como por otra parte soy tan imperfecta y miserable, que cometo muchas faltas, si bien involuntarias, confieso serme un tormento insoportable el parecer delante de esta santidad, cuando he sido infiel en alguna cosa, y no hay suplicio, al cual no me entregase ántes que sufrir la presencia de este Dios santo, cuando está manchada mi alma con alguna culpa. Me seria mil veces más grato arrojarme en un horno ardiendo.

En cierta ocasion me dejé llevar de algun movimiento de vanidad hablan-

do de mí misma. ¡Oh Dios mio! ¡Cuántas lágrimas y gemidos me costó esta falta! Porque, en cuanto nos hallamos solos Él y yo, con un semblante severo me reprendió diciéndome: «¿Qué tienes »tú, polvo y ceniza para poder gloriar»te, pues de ti no tienes sino la nada »y la miseria, la cual nunca debes per»der de vista, ni salir del abismo de tu »nada? Y para que la grandeza de mis »dones no te haga desconocer y olvi»dar lo que eres, voy á poner ese cua»dro ante tus ojos.» Y descubriéndome súbitamente el horrible cuadro, me presentó un esbozo de todo lo que soy.

Me causó tan fuerte sorpresa, y tal horror de mí misma, que á no haberme Él sostenido, hubiera quedado pasmada de dolor. No podia comprender el exceso de su grande bondad y misericordia en no haberme arrojado ya en los abismos del infierno, y en soportarme aún, viendo que no podia yo su-

frirme á mi misma. Tal era el suplicio, que me imponia por los menores impulsos de vana complacencia; así es que me obligaba á veces á decirle: «¡Ay »de mí! Dios mio, ó haced que muera, »ú ocultadme ese cuadro, pues no pue»do vivir mirándole.» Porque producia en mí impresiones de insoportable dolor, de odio y de venganza contra mí misma, y no permitiéndome la obediencia ejecutar en mí los rigores, que me inspiraba, sufria lo indecible.

Mas como sabia que el soberano dueño de mi alma se contentaba con lo ordenado por la obediencia, y tenia un placer singular en verme humillada, era sumamente fiel en acusarme de mis faltas para recibir por ellas penitencia, pues, por áspera que ésta pudiera ser, la juzgaba yo como un dulce refrigerio al lado de la que me imponia Él mismo, y eso que encontraba faltas en cuanto yo tenia por lo más puro y perfecto. Me lo dió á conocer un dia

de Todos los Santos, en el cual de un modo inteligible me fué dicho:

«En la inocencia no hay manchado nada;
»Nada hay perdido en manos del Señor;
»Nada se muda en la feliz morada;
»Todo allí se consuma en el amor.»

Por largo tiempo me ha tenido ocupada la explicacion, que recibí sobre estas palabras: «En la inocencia nada »hay manchado,» es decir, que no debia tolerar mancha alguna ni en mi alma, ni en mi corazon. «Nada hay »perdido en manos del Señor,» es decir, que todo debia dárselo y abandonarlo en sus manos, pues siendo la Omnipotencia misma, nada se podia perder entregándoselo todo. En cuanto á los otros dos versos, hablan del paraíso, donde nada se pasa, porque todo allí es eterno, y se consuma en el amor. Y como al mismo tiempo se me dejó ver una pequeña muestra de aquella gloria, ¡oh Dios, en qué trasportes de júbilo y de deseos me hallé sumergida! Estaba en ejercicios y pasaba todo el

dia en estos placeres inexplicables, á cuya vista me parecia no tener ya otra cosa que hacer, sino ir prontamente á gozarlos. Pero me manifestaron que habia echado mal mis cuentas estas palabras que oí:

«En vano así tu corazon suspira
»Por ir, cual crees, á la eterna luz;
»Que nunca debe, quien al cielo aspira,
»Buscar otro camino que la cruz.»

A continuacion de esto, puso ante mis ojos todo cuanto tenia yo que sufrir durante el curso de mi vida. Se estremeció todo mi cuerpo, aunque no lo comprendí entónces por la pintura, como lo he comprendido despues por los efectos, que se siguieron.

Preparábame para hacer mi confesion anual con una ansiedad grande de conocer mis pecados, y mi divino Maestro me dijo: «¿Por qué te atormen»tas? Haz lo que está en tu poder, y »yo supliré lo demás que te falte. Pues »nada pido tanto en este Sacramento, »como un corazon contrito y humilla-

»do, que con voluntad sincera de no »desagradarme más se acuse sin do»blez. Entónces perdono sin tardanza, »y se sigue de ahí una perfecta en»mienda.»

Este Espíritu soberano, que obraba en mí independientemente de mí misma, habia adquirido un imperio tan absoluto sobre todo mi ser espiritual y áun corporal, que no dependia de mí mover en mi corazon afecto alguno de gozo ó de tristeza, sino como á Él le agradaba, ni tampoco dar ocupacion á mi espíritu, pues no podia tener otra distinta de la que Él le proponia. Esto me ha hecho estar siempre con un extraño temor de ser engañada, no obstante la seguridad que haya podido recibir en contrario, tanto de su parte, como de las personas, que me guiaban, es decir mis Superioras; pues no me habian dado jamás Director, sino para examinar la conducta del Señor conmigo y aprobarla ó desaprobarla con

plena libertad. Mi sentimiento era ver que en lugar de sacarme del engaño, en que creia efectivamente hallarme, me engolfaban áun más, tanto mis confesores, como los otros, diciéndome que me abandonara al poder de ese Espíritu, y me dejara sin reserva conducir por Él, y que, áun cuando hiciese de mí un juguete del demonio, como yo creia, no debia dejar de seguir sus impulsos.

Hice, pues, mi confesion anual, y terminada me parecia ver y sentirme despojar de mi vestidura y revestirme al mismo tiempo de otra blanca, mientras percibia estas palabras: «He aquí »la estola de la inocencia, con la cual »revisto tu alma, á fin de que no viva »sino con la vida de un Hombre-Dios, »es decir, que vivas como si no vivie»ses, dejándome vivir en ti, porque soy »tu vida y no vivirás sino en mí y por »mí. Quiero que obres como si no »obrases, dejándome obrar en ti y por

»ti, abandonándome el cuidado de »todo. No debes tener voluntad ó de»bes conducirte como si no la tuvieras, »dejándome querer por ti en todo y »en todas partes.»

Una vez se me presentó este único amor de mi alma trayendo en una mano el cuadro de una vida, la más feliz que imaginarse pudiera para un alma religiosa, vida llena de paz, de consolaciones interiores y exteriores, de una santidad perfecta unida al aplauso y estimacion de las criaturas, y otras cosas agradables á la naturaleza. En la otra mano traia otro cuadro, el de una vida siempre pobre y abyecta, siempre crucificada por las humillaciones, desprecios y contradicciones de todo género, siempre sufriendo en el cuerpo y en el espíritu. Púsome delante las dos vidas y me dijo: «Elige, hija mia, la »que más te agradare; yo te haré los »mismos favores, ora elijas una, ora la »otra.» Me postré á sus pies para ado-

rarle y le dije: «¡Oh Señor mio! nada »quiero sino á Vos mismo y la elec»cion, que Vos hagais para mí.» Y despues de haberme instado mucho para que eligiese: «Vos me bastais, Dios »mio, añadí; elegid para mí, la que »más haya de glorificaros, sin mira»miento alguno á mis intereses y sa»tisfacciones. Contentaos Vos mismo »y esto me basta.»

Entónces me dijo que habia elegido con Magdalena la mejor parte, y jamás me seria arrebatada, porque Él seria para siempre mi herencia. Y presentándome el cuadro de la crucifixion: «He ahí, me dijo, el que he elegido »para ti y el que más me agrada, ya »para el cumplimiento de mis desig»nios, ya para hacerte semejante á mí. »El otro es el de una vida de gozos y »no de méritos: es para la eternidad.» Acepté, pues, aquel cuadro de muerte y de crucifixion, besando la mano que me le alargaba. Aunque gimió la na-

turaleza, le abracé con todo el afecto de que era capaz mi corazon, y al apretarlo contra mi pecho, le sentí impreso en mí con tal viveza, que no me parecia ser yo misma otra cosa, sino un compuesto de todo cuanto en él habia visto representado.

De tal modo me encontré cambiada en la disposicion de mi espíritu, que no me conocia. Dejé, sin embargo, el juicio de todo á mi Superiora, á quien nada podia ocultar, ni tampoco omitir cosa alguna de cuantas me mandaba, con tal que me viniese ordenado inmediatamente por ella. Pues el Espíritu, que me poseia, me hacia sentir repugnancias espantosas, cuando en semejantes casos queria guiarme por el consejo de otras, porque me habia prometido dar siempre á la Superiora la luz necesaria para guiarme segun sus designios.

Las mayores gracias y los favores inexplicables de su bondad, los recibia en la santa Comunion y durante la no-

che, especialmente en la del juéves al viérnes. En una de estas ocasiones el Señor me advirtió que Satanás habia pedido permiso para probarme en el fuego de las contradicciones y humillaciones, de las tentaciones y abandonos como el oro en el crisol, y Él se lo habia concedido, exceptuando las tentaciones contra la pureza, pues no queria que me diese jamás pena alguna en semejante materia, porque odia la impureza tan intensamente, que jamás le habia querido permitir en mí el más mínimo ataque; pero respecto á todas las otras tentaciones debia estar muy prevenida, especialmente contra las de orgullo, desesperacion y gula, á la cual tenia yo más horror que á la muerte. Me aseguró, sin embargo, que nada debia temer, porque Él estaria como muro inexpugnable dentro de mí misma, que combatiria por mí, me circundaria con su Omnipotencia para que no sucumbiese, y se haria Él mismo el

precio de mis victorias; pero era preciso que yo velara continuamente sobre todo lo exterior, pues del interior Él se reservaba la custodia.

No tardé mucho en oir las amenazas de mi perseguidor. Presentóse delante de mí en forma de un moro horrible, con los ojos centelleantes como dos carbones, rechinando los dientes y diciéndome: «Yo me apoderaré de ti, »¡oh maldita! y si consigo tenerte una »vez en mis manos, te daré bien á co»nocer lo que sé obrar; yo te dañaré »en todo.» Aunque me amenazó de otras mil maneras, nada de esto me preocupaba lo más mínimo; ¡tan fortalecida me sentia en mi interior! Me parecia que no habria temido ni á todos los furores del infierno por la grande fuerza, que sentia dentro de mí, debida á la virtud de un pequeño crucifijo, al cual habia dado mi soberano Libertador el poder de alejar de mí todos los furores infernales. Siempre le llevaba

sobre mi corazon de dia y de noche, y recibí de él grandes socorros.

Se me asignó por ocupacion la enfermería. Sólo Dios pudo conocer lo que allí me fué preciso sufrir, ora por parte de mi natural pronto y sensible, ora por parte de las criaturas y del demonio. Este me hacia con frecuencia caer y romper cuanto tenia en las manos, y despues se burlaba de mí riéndose á veces en mi misma cara. «¡Oh, »la torpe! me decia, jamás harás cosa »de provecho.» Esto me ponia en tal tristeza y abatimiento, que no sabia qué hacerme. Pues con frecuencia me quitaba el poder de decírselo á nuestra Madre, porque al maligno espíritu la obediencia le abate y debilita todas sus fuerzas.

Una vez me arrojó desde lo alto de una escalera; llevaba yo en las manos un hornillo lleno de fuego, y sin que este se derramase, ni yo recibiese daño alguno, me encontré abajo, si bien cuan-

tos lo presenciaron, creyeron que me habia roto las piernas; pero al caer me sentí sostenida por mi fiel ángel custodio. Pues tenia la dicha de gozar frecuentemente de su presencia, y de ser tambien frecuentemente por Él reprendida y corregida. En cierta ocasion, que quise entrometerme á hablar del matrimonio de una parienta, me dió á conocer cuán indigno era esto de un alma religiosa, y con tal severidad me reprendió, que me dijo me ocultaria su faz, si volvia á mezclarme en esta clase de asuntos. No podia Él tolerar la menor inmodestia ó falta de respeto en la presencia de mi Maestro soberano, ante el cual le veia postrado en el suelo y queria que yo hiciese lo mismo. Lo hacia así con la mayor frecuencia que me era posible, y no hallaba postura más agradable á mis continuos padecimientos de cuerpo y de espíritu, por ser la más conforme á mi nada. Jamás perdia esta de vista y me sentia en ella

abismada, ya me hallase entre penas ó entre goces, sin que en estos pudiera gustar de placer alguno.

Pues la santidad de amor me impulsaba con tal violencia hacia el sufrimiento, para darle algo en retorno, que no podia hallar reposo más dulce, que el de ver mi cuerpo agobiado por los dolores, mi espíritu por toda suerte de desamparos y todo mi ser por las humillaciones, desprecios y contradicciones. No me faltaban por un favor de Dios, el cual no podia dejarme sin penas ya interiores, ya exteriores. Y cuando disminuia este saludable alimento, me era preciso buscar otro en la mortificacion, proveyéndome de abundante materia para ello mi natural sensible y orgulloso. No queria mi soberano Maestro que dejase perder en esto ocasion alguna, y si me acontecia perderla, á causa de la gran violencia que necesitaba hacerme para vencer mis repugnancias, me lo hacia pagar doblado. Cuando deseaba algo de mí, me constreñia á ejecutarlo tan vivamente, que me era imposible resistir, y por haber querido intentarlo muchas veces, he tenido mucho que padecer. Me cogia por todo lo más opuesto á mi natural y contrario á mis inclinaciones, y queria que avanzase siempre contra la corriente.

Era tan sumamente delicada, que la menor suciedad me revolvia el estómago. Tan severamente me corrigió en este punto, que queriendo limpiar el vómito de una enferma, no pude librarme de hacerlo con mi lengua, y tragarlo diciéndole: «Si tuviera mil cuer»pos, mil amores, mil vidas, las inmo»laria por sujetarme á vos.» Hallé desde luego tantas delicias en esta accion, que habria deseado encontrar todos los dias otras semejantes para aprender á vencerme sin tener otro testigo que Dios. Pero su bondad, á quien únicamente soy deudora de la fuerza,

con que me vencí, no dejó de significarme el placer, que en ello habia recibido; pues la noche siguiente, si mal no recuerdo, me tuvo unas dos ó tres horas con la boca pegada á la llaga de su Sagrado Corazon. Me seria muy difícil explicar lo que entónces sentí, y los efectos que produjo esta gracia en mi corazon y en mi alma. Pero lo dicho basta para dar á conocer la gran bondad y misericordia de Dios con una tan miserable criatura.

No queria disminuir en nada mi sensibilidad y mis repugnancias, ya para honrar las que Él habia tenido á bien sentir en el Huerto de las Olivas, ya para darme materia de humillaciones y de triunfos. Mas, ¡ay de mí, que no soy fiel y caigo con frecuencia! Y Él parecia á veces gozar con esto, sea por confundir mi orgullo, sea por fundarme en la propia desconfianza, viendo que sin Él no podia obrar sino lo malo y dar continuas caidas sin poder levan-

tarme. Entónces el soberano bien de mi alma venia en mi ayuda, y cual un buen Padre me tendia sus amorosos brazos diciéndome: «Conoces, al fin, »con claridad que nada puedes sin mí.» Con esto me derretia en afectos de gratitud hacia tan amorosa bondad; me sentia conmovida hasta derramar lágrimas al ver que no se vengaba de mis pecados é infidelidades, sino con los excesos de su amor, con los cuales parecia combatir mis ingratitudes. Me las ponia á veces delante de mis ojos juntamente con la multitud de sus gracias, reduciéndome á la imposibilidad de hablarle más que con mis lágrimas, sufriendo entónces lo inexplicable. Así se divertia con su indigna esclava este divino amor.

Un dia, que habia manifestado algo de la repugnancia que sentia mi corazon, sirviendo á una enferma de disentería, me reprendió por ello con tal aspereza, que para reparar mi falta me vi

constreñida á... (1). «¡Oh, Señor mio! »lo hago para agradaros y ganar vues»tro divino Corazon; espero que no me »le rehusareis. ¡Mas cuánto no habeis »hecho vos, Señor mio, por ganar el »de los hombres, y, sin embargo, os le »niegan y os arrojan de él con tanta »frecuencia!—Es cierto, hija mia, que »mi amor me ha hecho sacrificarlo todo »por ellos, sin que nada me devuelvan »en cambio; pero quiero que suplas su »ingratitud con los méritos de mi Sa»grado Corazon. Yo te le quiero dar, »mas ántes es menester que te consti»tuyas su víctima de inmolacion, para »que por su medio apartes los casti»gos que la justicia divina de mi Pa»dre, armada de cólera, quiere ejecutar »en una comunidad religiosa, á la cual »va á reprender y corregir llevado de »su justo enojo.» Me la dió á conocer

(1) La delicadeza del mundo no podria soportar la relacion, que por obediencia hizo de esto nuestra Beata. Fué necesario que interviniera el mismo Señor para contenerla en el exceso de su mortificacion.

al mismo tiempo, así como las faltas particulares que le habian irritado, y todo cuanto me era preciso sufrir para apagar su justa cólera.

Todo mi ser se estremeció entónces, y no tuve valor para ofrecerme al sacrificio. Respondí, pues, que no siendo dueña de mí misma, no podia hacerlo sin el consentimiento de la obediencia, y el temor de que se me obligase á ejecutarlo, me hizo negligente en pedirlo; mas Él me perseguia sin tregua y no me dejaba momento de reposo. Yo me deshacia en lágrimas, y al fin me vi obligada á manifestárselo todo á mi Superiora, la cual, viendo mi pena, me dijo que me sacrificara sin reserva en todo cuanto de mí se deseaba. Mas, Dios mio, entónces precisamente se redobló áun con mayor violencia mi pena, porque no tenia valor para decir el *sí*, y perseveraba en mi resistencia.

VI

LA INMOLACION. — EL DIRECTOR

VI

LA víspera de la Presentacion se me apareció la divina Justicia armada de tan terrible manera, que quedé toda enajenada; y en la imposibilidad de defenderme, se me dijo lo que á San Pablo: «Muy duro te es luchar con»tra los estímulos de mi justi»cia; pero, puesto que te has resistido »tanto para evitar las humillaciones, »que convenia sufrieras en este sacrifi»cio, te las daré duplicadas. No te pe-

»dia sino un sacrificio secreto, ahora le »quiero público, fuera de todo razona- »miento humano en cuanto á la mane- »ra y al tiempo, y acompañado de tan »humillantes circunstancias, que te ser- »virán de materia de confusion para el »resto de tu vida ante ti misma y ante »las criaturas, á fin de que comprendas »lo que es resistir á Dios.»

¡Desgraciada de mí! Bien lo comprendí en efecto, pues jamás me he visto en tal estado: he aquí algunas cosas; pero no todo. Despues de la oracion de la tarde no pude salir con las otras, y permanecí en el coro hasta la última señal para la cena en un llanto y gemido continuos. Fuí á hacer colacion, pues era la víspera de la Presentacion, y yendo, como arrastrada á viva fuerza, al acto de Comunidad, me encontré allí tan fuertemente impelida á llevar á cabo el sacrificio en alta voz, del modo que Dios me daba á conocer lo exigia de mí, que me vi precisada

á salir en busca de mi Superiora, la cual se hallaba entónces enferma.

Confieso, sin embargo, que estaba tan fuera de mí, que me veia como una persona ligada de pies y manos, á la cual no quedara cosa alguna libre interior y exteriormente sino las lágrimas. Las derramaba en abundancia pensando que eran la única expresion de mi sufrimiento, porque me consideraba como la más criminal del mundo, y conducida, arrastrada con cordeles, al lugar del suplicio. Tenia delante de mis ojos á la santidad de Dios armada con los rayos de su justa indignacion, dispuesta á lanzarlos para sepultarme, así me parecia, en las abiertas fauces del infierno, que veia descubierto á mis pies y pronto á devorarme. Sentíame abrasada por un fuego devorador, que penetraba hasta en la médula de mis huesos; todo mi cuerpo era presa de un temblor extraordinario, y no podia decir más que estas palabras: «Dios

»mio, tened piedad de mí, segun la »grandeza de vuestra misericordia.» Pasaba el tiempo restante gimiendo bajo el peso de mi dolor, sin hallar medio de dirigirme al aposento de mi Superiora hasta eso de las ocho, en que habiéndome encontrado una Hermana me condujo allá.

Grande fué la sorpresa de mi Superiora al verme en semejante disposicion; yo no podia explicársela, mas creia, para aumento de mi pena, que bastaba verme para conocerlo, y no era así. La Superiora que sabia no existir otro medio, que gozara de todo poder sobre el espíritu, que me tenia en tal estado, sino la sola obediencia, me mandó referir mi pena. Inmediatamente le dije el sacrificio, que Dios queria hiciese de todo mi ser en presencia de la Comunidad, y el motivo, por el cual me le pedia. No expresaré tal motivo por temor de faltar á la santa caridad y herir al mismo tiem-

po el Corazon de Jesucristo, en el que tiene su orígen esta virtud; por lo cual no quiere que se la toque en lo más mínimo bajo cualquier pretexto, que pudiera alegarse.

En fin, despues de decir y hacer cuanto mi Soberano deseaba de mí, se habló y se juzgó sobre esto de diferentes modos; pero dejo todas estas circunstancias á la misericordia de Dios. Creo poder asegurar que nunca habia sufrido tanto: áun cuando hubieran podido reunirse todos los sufrimientos que hasta entónces habia tenido, y todos cuantos he tenido despues, y áun cuando todos ellos juntos hubieran sido continuos hasta la muerte, no los juzgaria comparables á los que padecí esta noche, en la cual quiso Nuestro Señor favorecer á su miserable esclava para honrar la noche dolorosa de su Pasion, si bien no fué sino una pequeña partecilla. Se me llevó como arrastrada de una parte á otra con espantosa confusion mia.

Pasada, pues, semejante noche entre los tormentos, que Dios sabe, y sin descanso hasta cerca de la hora de la santa Misa, me pareció oir entónces estas palabras: «En fin, la paz está establecida: mi santidad de justicia está satisfecha con el sacrificio, que has llevado á cabo para rendir homenaje al que yo hice en el instante de mi Encarnacion en el seno de mi Madre, cuyo mérito he querido unir al tuyo y renovarle por este, á fin de aplicarle en favor de la caridad, como te lo habia mostrado. He aquí por qué nada debes pretender, en cuanto puedas hacer y sufrir, ni aumento de méritos, ni satisfaccion de penas, ni otra cosa alguna, estando todo entregado á mi disposicion en favor de la caridad. Así, pues, á imitacion mia harás y padecerás en silencio, sin más interés que la gloria de Dios en el establecimiento del reino de mi Sagrado Corazon en el de los hombres, á los cuales

quiero manifestársele por tu medio.»

Me dió mi Soberano estas santas instrucciones despues de haberle recibido; pero no me sacó de mi doloroso estado, en el que sentia una paz inalterable con la aceptacion de todas mis penas, y de cuanto se me mostró que deberia padecer hasta el dia del juicio, si tal fuese la voluntad de Dios. No me presentó á mis propios ojos, sino como un objeto de contradiccion y una sentina de todas las repulsas, desprecios y humillaciones, las cuales gustosa veia venir de todas partes á caer sobre mí, sin recibir consolacion alguna ni del cielo, ni de la tierra. Todo parecia conjurarse para anonadarme. Se me hacian continuas preguntas, y las pocas palabras, que en respuesta se me arrancaban como por fuerza, no dejaban de servir de instrumento para aumentar mi suplicio. No podia ni comer, ni hablar, ni dormir; y todo mi reposo y ocupacion eran únicamente el perma-

necér postrada ante Dios, cuya soberana grandeza me tenia completamente perdida en el profundo abismo de mi nada, siempre llorando y gimiendo para pedirle misericordia y apartar los rayos de su justo furor.

El empleo, que por entónces tenia, me causaba un tormento insoportable suministrando continuas ocupaciones á mi cuerpo y á mi espíritu; pues, no obstante todas mis penas, no me permitia mi soberano Maestro ni omitir la más pequeña parte, ni conseguir dispensarme de cosa alguna, inclusos todos los demás deberes y observancia de mis reglas, á los que me sentia arrastrada por la fuerza de su soberano poder, cual una criminal al lugar de un nuevo suplicio. Porque hallaba tormento en todas partes, y tan engolfada y absorta estaba en mi sufrimiento, que ni espíritu, ni vida tenia, sino para conocer y sentir cuanto acaecia que pudiera causarme dolor. Pero nada de

esto me producia el menor movimiento de inquietud, ni de disgusto, aunque entre tantas penas se me conducia siempre por la más opuesta á mi natural inmortificado y más contraria á mis inclinaciones.

Se notó que no comia; se me reprendió por ello, y tanto mi Superiora, como mi confesor me mandaron comer cuanto me pusieran en la mesa. Esta obediencia me pareció muy superior á mis fuerzas; pero aquel, que no me dejaba faltar á ella en la necesidad, me dió ánimo para someterme y cumplirla sin excusa ni réplica; si bien me vi obligada á ir despues de la comida á devolver el alimento, que habia tomado. Y como esto me duró muy largo tiempo, me ocasionó un gran flujo de estómago con muchos dolores, de suerte que no me era posible retener nada de lo poco que comia, despues de habérseme conmutado la obediencia impuesta en la de no comer más de lo que pudiera.

Confieso que el comer me ha producido desde este tiempo penas crueles, viéndome precisada á ir al refectorio como á un lugar de suplicio, á que me habia condenado la culpa. Por esfuerzos que hiciera para comer indiferentemente de cuanto me presentaban, no podia evadirme de tomar lo que creia más ordinario, como lo más conforme á mi pobreza y á mi nada, las cuales continuamente me decian que, siendo suficientes el pan y el agua, todo lo demás era superfluo.

Y para volver al estado de sufrimiento, que no dejaba de ser continuo y aumentaba siempre con aditamentos muy sensibles y humillantes, se me juzgó posesa ú obsesa, y se me roció con bastante agua bendita haciendo la señal de la cruz y rezando oraciones para arrojar de mí el espíritu maligno. Mas aquel, de que me sentia poseida, me estrechaba con mucha más fuerza contra sí diciéndome: «Amo el agua ben-

»dita y quiero tanto á la cruz, que no »puedo ménos de unirme estrechamen- »te con los que la llevan como yo, y »por mi amor.» De tal modo reanimaron en mi alma estas palabras el deseo de padecer, que me parecian todos mis sufrimientos una gota de agua, la cual en vez de extinguir, más bien avivaba la sed insaciable, que sentia; aunque creo poder afirmar que no habia parte alguna de mi ser, ni en el cuerpo, ni en el espíritu, que no tuviese su particular sufrimiento, y esto sin compasion ni consolacion alguna. Pues el diablo me daba furiosos asaltos, en los que mil veces hubiese sucumbido, si en medio de cuanto acabo de referir, no hubiera sentido un poder extraordinario, que me sostenia y combatia por mí.

En fin, mi Superiora, no sabiendo ya qué hacer conmigo, me mandó comulgar para pedir al Señor por obediencia me volviese á mi primer estado. Habiéndome, pues, presentado á Él como

hostia de inmolacion, me dijo: «Sí, hija »mia, vengo á ti como soberano sa»crificador para darte un vigor nuevo, »á fin de inmolarte con nuevos supli»cios.» Lo hizo, y me encontré cambiada tan completamente, que me parecia ser una esclava, á la que acabaran de volver á su libertad. Mas no duró esto mucho, porque se comenzó de nuevo á decirme que era el diablo el autor de cuanto pasaba conmigo, y que me conduciria á la perdicion, si no andaba con cuidado con sus astucias é ilusiones.

Fué este un golpe terrible para mí, que toda mi vida habia estado con temor de ser engañada y de engañar á las demás, aunque sin pretenderlo. Me hacia esto derramar muchas lágrimas, porque no podia en manera alguna sustraerme al poder de este Espíritu soberano, que obraba en mí, y por mucho que pudiera esforzarme, era impotente para alejarle de mí, ni impedir sus ope-

raciones. Porque de tal modo se habia apoderado de todas las potencias de mi alma, que me parecia estar en un abismo, donde más hundida me hallaba cuanto mayores esfuerzos hacia para salir. Aunque emplease todos los medios prescritos, todo era en vano.

A veces combatia con tal empeño, que quedaban agotadas todas mis fuerzas; pero mi Soberano se reia de todo esto, y me daba tales seguridades, que disipaba desde luego todos mis temores diciéndome: «Qué tienes que te»mer entre los brazos del Omnipotente? »¿Podré dejarte perecer entregándote »á tus enemigos, despues de haberme »constituido en Padre, Maestro y Di»rector tuyo desde tu más tierna infan»cia, y haberte dado continuas pruebas »de la amorosa ternura de mi divino »Corazon, en el cual tambien he fijado »tu actual y eterna morada? Para ma»yor seguridad, dime la prueba más »convincente, que deseas de mi amor,

»y te la daré. Pero ¿por qué luchas con»tra mí, siendo yo tu solo, verdadero y »único amigo?» Tales reprehensiones de mi desconfianza me produjeron un disgusto y confusion tan grandes, que me propuse desde este momento no contribuir jamás de modo alguno á las pruebas, que se hicieran acerca del Espíritu que me guiaba, contentándome con aceptar humildemente y con todo mi corazon cuanto se quisiera hacer.

Mi Señor y mi Dios, Vos, que sólo conoceis la pena, que sufro en el cumplimiento de esta obediencia, y la violencia, que necesito hacerme para vencer la repugnancia y confusion, que siento al escribir todas estas cosas; concededme la gracia de morir ántes de escribir algo, fuera de lo que me dicte la verdad de vuestro Espíritu, y haya de daros á Vos gloria y á mí confusion. Y por piedad, mi soberano Bien, no sea esto leido jamás por persona alguna, sino sólo por aquel, que segun

vuestro beneplácito lo haya de examinar, para que no me impida este escrito permanecer sepultada en el eterno desprecio y olvido de las criaturas. Dios mio, dad esta consolacion á vuestra pobre y miserable esclava. En el momento mismo recibí esta respuesta á mi súplica: «Abandónalo todo á mi »santo beneplácito, y déjame cumplir »mis designios sin mezclarte en nada, »porque yo tendré cuidado de todo.»

Voy, pues, á continuar por obediencia ¡oh Dios mio! sin otra pretension que la de contentaros con esta especie de martirio, que sufro escribiendo, pues cada palabra me parece un sacrificio. ¡Ojalá podais ser así eternamente glorificado! He aquí cómo me ha manifestado su voluntad sobre este asunto.

Como siempre me he sentido movida á amar á mi soberano Señor por amor de sí mismo, no queriendo ni deseando sino á Él solo, no me apegaba jamás á sus dones, por grandes que

fuesen respecto á mí, ni los recibia sino porque venian de Él, y fijaba en ellos la menor reflexion posible, procurando olvidar todo para no acordarme sino de Él solo, fuera del cual nada merece mi estimacion. Y así, cuando me fué preciso cumplir esta obediencia, creia serme imposible escribir cosas pasadas hacia ya tanto tiempo; pero Él me ha dado á conocer claramente lo contrario; pues, para facilitármelo, me ha vuelto á colocar en las mismas disposiciones, de que hablo en cada punto. Así me convenció de su voluntad.

En medio de mis penas y temores tenia siempre mi corazon en una paz inalterable. Me hicieron hablar con algunas personas doctas, las cuales, muy léjos de asegurarme en mi camino, aumentaron todavía más mis penas. Finalmente envió aquí Nuestro Señor al P. La Colombière, al cual habia yo asegurado ya desde el principio, que mi soberano Maestro me prometió, poco despues de haberme consagrado á Él, que me enviaria un servidor suyo, á quien queria manifestase segun la inteligencia que sobre ello me daria, todos los secretos de su Sagrado Corazon, que Él me habia confiado; pues me le enviaba para asegurarme en mis caminos, y para repartir con él las extraordinarias gracias de su Sagrado Corazon, las cuales derramaria con abundancia en nuestras conferencias.

Cuando vino aquí este santo varon, y mientras hablaba á la Comunidad, oí interiormente estas palabras: «He »ahí el que te envío.» Lo reconocí al instante en la primera confesion de Témporas, pues sin habernos visto, ni hablado jamás, me retuvo largo tiempo, y me habló como si hubiera comprendido cuanto en mí pasaba. Mas no quise por esta vez abrirle de modo alguno el corazon, y viendo él que queria retirarme para no molestar á la Comunidad, me dijo que, si lo tenia á

bien, vendria á verme de nuevo para hablarme en el mismo sitio. Pero me obligó mi natural timidez, que esquiva tales comunicaciones, á responderle que no pudiendo disponer de mí, haria cuanto la obediencia me ordenase. Me retiré despues de haber estado allí como hora y media.

Poco tiempo despues volvió, y aunque conocia yo ser voluntad de Dios que le hablase, no dejé de sentir terribles repugnancias, cuando me fué preciso ir, y esto fué lo primero que le dije. Me respondió que le era muy grato haberme dado ocasion de hacer á Dios un sacrificio. Entónces, sin pena ni forma alguna, le abrí mi corazon, y le descubrí el fondo de mi alma, tanto lo malo, como lo bueno. Sobre este punto me consoló extraordinariamente, asegurándome que no habia motivo alguno de temor en la conducta de este Espíritu, pues en nada me separaba de la obediencia, y

que debia seguir todas sus inspiraciones abandonándole todo mi ser, para sacrificarme é inmolarme segun su beneplácito.

Admirando el que la gran bondad de Dios no se hubiese cansado de tanta resistencia, me enseñó á estimar los dones divinos, á recibir con respeto y humildad las frecuentes comunicaciones y trato familiar, con que me regalaba, y á dar por ello continuamente gracias á tan grande bondad. Habiéndole manifestado que este Soberano de mi alma me seguia tan de cerca sin excepcion de tiempos, ni lugares, que no podia rezar vocalmente, y para hacerlo me violentaba tanto, que en ocasiones permanecia con la boca abierta sin poder pronunciar una palabra, sobre todo en el Rosario, me dijo que no lo volviera á hacer jamás debiendo contentarme con las preces de obligacion, añadiendo el Rosario cuando pudiese. Habiéndole hablado algo acerca

de las caricias especiales y union de amor, que recibia del Amado de mi alma, y no describo aquí, me respondió que yo tenia en todo eso un gran motivo para humillarme, y él para admirar la grandeza de la misericordia de Dios para conmigo.

Pero no queria la bondad divina que recibiese consolacion alguna sin costarme muchas humillaciones. Esta comunicacion me las atrajo en gran número, y áun el mismo Padre tuvo mucho que sufrir por mi causa, porque se hablaba de que queria engañarle con mis ilusiones é inducirle á error como á los otros. Ninguna pena le causaba esto y no dejó de prestarme continuos socorros en el poco tiempo, que permaneció en este pueblo, y siempre. Mil veces me he admirado de que no me abandonase tambien como los demás; pues á cualquiera otro hubiera disgustado mi modo de conducirme con él, aunque no perdonaba él medio alguno

de mortificarme y humillarme con gran gusto mio.

Un dia que vino á decir Misa en nuestra iglesia, le hizo nuestro Señor, y á mí tambien, grandísimos favores. Al aproximarme á recibir la sagrada Comunion, me mostró su Sagrado Corazon como un horno ardiente, y otros dos corazones que iban á unirse y abismarse en él, diciéndome: «Así es como »une para siempre mi puro amor estos »tres corazones.» Y despues me dió á conocer que esta union era exclusivamente para la gloria de su Sagrado Corazon, cuyos tesoros queria descubriese yo al Padre, para que él los diera á conocer y publicara todo su precio y utilidad. Con este objeto queria que fuésemos, como hermano y hermana, igualmente participantes en los bienes espirituales; y representándole acerca de esto mi pobreza y la desigualdad, que habia entre un hombre de tan elevada virtud y mérito y una pobre mi-

serable pecadora como yo, me dijo: «Las riquezas infinitas de mi Corazon »suplirán é igualarán todo: háblale sin »temor.»

Así lo hice en nuestra primera entrevista. Y su manera humilde y reconocida de recibir esta y otras varias cosas, que, en cuanto á él se referian, le dije de parte de mi soberano Maestro, me conmovió grandemente y me aprovechó más que todos los sermones, que hubiera podido oir. Y como le dijese que nuestro Señor no me comunicaba estas gracias sino para ser glorificado en las almas, á las cuales habia yo de distribuirlas, sea de palabra ó por escrito, segun Él me diera á conocer su voluntad, sin preocuparme por lo que dijera ó escribiera, pues Él derramaria allí la uncion de su gracia para producir el efecto, que pretendia en el corazon de cuantos lo recibiesen bien; y que yo sufria mucho por mi repugnancia á escribir y mandar

ciertos billetes á personas, de las cuales me venian grandes humillaciones, me mandó que, áun á pesar de las grandes penas y humillaciones, que hubiera de sufrir, no desistiese jamás de seguir los santos impulsos de este Espíritu, diciendo simplemente lo que Él me inspirase, y una vez escrito el billete, se lo presentara á la Superiora é hiciese despues cuanto ella me ordenara. Hícelo así; y no han sido pocas las humillaciones, que por esto he recibido de parte de las criaturas. Me mandó ademas escribir cuanto en mí pasaba, á lo cual sentia una mortal repugnancia. Escribia, pues, todo para obedecer y luego quemaba lo escrito, figurándome que así cumplia suficientemente la obediencia; pero sufria mucho con esto, y vinieron los escrúpulos y la prohibicion de hacerlo en adelante.

VII

EL TESTAMENTO.—LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS

VII

Un dia me pidió mi soberano Sacrificador que hiciese en favor suyo por escrito un testamento ó donacion entera y sin reserva, como lo habia hecho ya de palabra, de todo cuanto pudiera hacer y sufrir, y de todas las oraciones y bienes espirituales, que se me aplicaran ya durante mi vida, ya despues de mi muerte. Me hizo preguntase á mi Superiora, si queria hacer de notario en este acto, que Él se encar-

gaba de pagárselo muy bien, y que, si esta se negaba, me dirigiera á su servidor el P. La Colombière; pero aceptó mi Superiora. Al presentárselo á este único amor de mi alma, me significó su gran contento, y me dijo que lo habia ordenado, porque queria disponer de aquello segun sus designios, y en favor de quien le agradase; mas que, pues su amor me habia despojado de todo, no queria tuviese otras riquezas, sino las de su Corazon Sagrado.

En el instante mismo me hizo de ellas donacion, mandándome escribirla con mi sangre y segun su dictado. La firmé despues sobre mi corazon, inscribiendo en él con un cortaplumas su sagrado nombre de Jesus. Hecho esto, me dijo que cuidaria de recompensar con el céntuplo el bien, que me hicieran, como si á Él mismo lo hiciesen, ya que nada tenia yo que pretender por ello; y que queria dar á quien habia escrito el testamento en su favor, la misma recom-

pensa que á Santa Clara de Montefalco, y para esto uniria á las acciones de aquella los méritos infinitos de las suyas, y le haria por el amor de su Sagrado Corazon merecer la misma corona. Lo cual fué para mí una consolacion grande, pues la amaba mucho, porque nutria abundantemente mi alma con el delicioso pan de la mortificacion y humillacion, tan agradable al gusto de mi Soberano Maestro, que por darle este placer hubiera deseado se confabulase para mi humillacion todo el mundo. Dios tambien me concedia el favor de que jamás me faltara, pasando mi vida entera con sufrimientos en el cuerpo, ya por mis frecuentes enfermedades, ya por un continuo malestar.

Ademas sufria mi espíritu abandonos, descaecimientos y la vista de las ofensas de Dios, el cual por su misericordia me sostenia siempre, ora entre las persecuciones, contrariedades y humillaciones, que me venian de las cria-

turas, ora entre las tentaciones suscitadas por el demonio, que me ha perseguido y atormentado mucho, y áun por mí misma, que he sido el más cruel adversario que me he visto precisada á combatir y el más difícil de vencer. En medio de cuanto acabo de referir, jamás dejaron de darme toda la ocupacion y trabajo exterior que podria sobrellevar; y no era pequeño tormento para mí, el creer que todos me miraban con horror, y que sufrian mucho conmigo, pues tenia yo mucho que hacer para soportarme. Todo esto me causaba una pena continua en el trato con los prójimos, y no tenia otro recurso, ni remedio, sino el amor á mi propia abyeccion, en la cual permanecia abismada con gran motivo, pues todo, áun las menores acciones, se me convertia en humillacion. Me miraban como una visionaria infatuada con sus ilusiones é imaginaciones, y entre tanto no me era permitido buscar alivio,

ni consuelo en mis penas, pues me lo prohibia mi divino Maestro. Queria que todo lo sufriese en silencio, haciéndome tomar esta divisa:

«Sufrir todo sin queja es mi querer,
»Mi puro amor impídeme el temer.»

Queria que lo esperase todo de Él, y si me acontecia desear el procurarme algun consuelo, por todo alivio hacia que no encontrara sino desolacion y nuevos tormentos, lo cual he mirado siempre como una de las mayores gracias, que Dios me ha hecho, juntamente con la de no quitarme el tesoro de la cruz, no obstante el mal uso, que de él he hecho siempre volviéndome indigna de un bien tan excelente, por lo cual desearia derretirme de amor, reconocimiento y accion de gracias hacia mi Libertador. Entre tales sentimientos y en medio de las delicias de la cruz, era cuando le decia: «¿Qué de»volveré al Señor por los grandes be»neficios que me ha hecho? ¡Oh Dios

»mio! qué grande es vuestra bondad »para conmigo, pues habeis tenido á »bien hacerme comer en la mesa de los »santos y de los mismos manjares, con »que los sustentais: nutriéndome con »abundancia con los alimentos delicio»sos de vuestros favorecidos y amigos »más fieles, á mí que no soy, sino una »indigna y miserable pecadora.»

«Bien sabeis ademas que sin el san»to Sacramento y la cruz no podria vi»vir y soportar mi largo destierro en »este valle de lágrimas.» Deseaba que jamás disminuyesen en él mis sufrimientos; pues cuanto más rendido estaba por ellos mi cuerpo, tanto más gozo tenia mi espíritu y libertad para ocuparse en su union con mi Jesus paciente, no teniendo más ardiente deseo que el de llegar á ser una verdadera y perfecta copia y representacion de Jesus crucificado. Regocijábame cuando su soberana bondad empleaba multitud de obreros para trabajar á su gusto en

el cumplimiento de esta obra. Mas este Soberano no se separaba de su indigna víctima, cuya debilidad é impotencia para todo lo bueno tenia bien conocida, y me decia alguna vez: «Te honro »mucho, mi querida hija, en servirme »de instrumentos tan nobles para cru»cificarte. Mi Eterno Padre me entregó »en manos de crueles y desapiadados »verdugos para crucificarme, y yo para »crucificarte me sirvo de personas de»dicadas y consagradas á mi servicio, »á cuyo poder te he entregado, y por »cuya salvacion quiero que ofrezcas »cuanto te han de hacer sufrir.» Lo hacia con todo mi corazon, ofreciéndome á soportar siempre todo el rigor del castigo merecido por la ofensa de Dios, que pudiera haber en su conducta conmigo; aunque, á la verdad, no me parecia que se pudiera cometer injusticia alguna haciéndome padecer, no pudiendo hacerlo tanto, cuanto yo merezco. Mas confieso que me deleita

tanto hablar de la felicidad de sufrir, que escribiria volúmenes sobre esta materia sin poder contentar mi deseo, y mi amor propio encuentra no poca satisfaccion en esta clase de discursos.

En una ocasion me manifestó mi Soberano que queria llevarme á la soledad, no á la de un desierto como la suya, sino á la de su Sagrado Corazon, donde queria honrarme con su trato más familiar, cual lo hace un amante con su amada, darme allí nuevas instrucciones sobre su voluntad, y hacerme recobrar nuevas fuerzas para cumplirla combatiendo valerosamente hasta la muerte; pues tenia que sostener el ataque de muchos enemigos poderosos. Por esta causa me insinuaba que, para honrar su ayuno en el desierto, debia ayunar á pan y agua cincuenta dias. Mas no habiendo querido permitírmelo la obediencia por temor á la singularidad, me dió á conocer que le

seria igualmente agradable, si pasaba cincuenta dias sin beber, en honra de la sed ardiente de la salud de los hombres, que habia tenido siempre su Corazon y de la que Él habia sufrido en el árbol de la cruz. Me fué concedido hacer esta penitencia, y me pareció ser más dura que la anterior, á causa del ardor excesivo de que estaba continuamente atormentada, por el cual hubiera necesitado beber con frecuencia grandes tazas de agua para refrescarme.

Sufrí durante este tiempo frecuentes asaltos del demonio, el cual me tentaba especialmente de desesperacion, significándome que no debia pretender parte alguna en el Paraíso una criatura tan perversa como yo, pues no la tenia en el amor de Dios, del que seria privada por una eternidad; lo cual me hacia verter torrentes de lágrimas. Otras veces me atacaba por la vanagloria y despues por la tentacion abominable

de la gula. Me hacia sentir hambres espantosas, y luego me traia representaciones de todo cuanto era capaz de contentar el gusto, y esto en tiempo de mis ejercicios espirituales, causándome un tormento extraordinario. Me duraba el hambre, hasta que entraba en el refectorio para tomar mi refeccion; allí sentia súbitamente tan grande inapetencia, que necesitaba hacerme no poca violencia para tomar un poco de alimento, y apénas me levantaba de la mesa, tornaba á comenzar el hambre con más violencia que ántes.

Mi Superiora, á quien nada ocultaba de cuanto me sucedia por el temor grande, que siempre he tenido, de ser engañada, me ordenó ir á pedirle permiso para comer cuando me sintiese más apretada por el hambre. Lo hacia así; pero con extrema violencia por la grande confusion, que experimentaba, y ella, en lugar de enviarme á comer, me mortificaba y humillaba poderosa-

mente en lo mismo, diciéndome que guardase mi hambre para satisfacerla cuando fueran las otras al refectorio. Despues yo permanecia en calma con mis sufrimientos. No me dejaron terminar por esta vez la penitencia en la bebida; pero despues que la interrumpí por obedecer, me obligaron á comenzarla de nuevo, y pasé sin beber los cincuenta dias, y asimismo pasaba luego los viérnes. Siempre quedaba igualmente contenta, ya me concedieran, ya me negaran lo que pedia. Con obedecer estaba satisfecha.

No cesaba mi perseguidor de atacarme por todos lados, excepto por la impureza, en la cual le habia prohibido tentarme mi divino Maestro. En una ocasion, sin embargo, me hizo sufrir penas terribles; he aquí cómo. Me dijo mi Superiora: «Id á ocupar el puesto »de nuestro rey delante del Santísimo »Sacramento.» Estando allí, me sentí tan fuertemente atacada de abomina-

bles tentaciones de impureza, que me parecia estar en el infierno. Sostuve este penoso ataque varias horas seguidas, y me duró hasta que me levantó aquella obediencia mi Superiora diciéndome que ya no volveria á representar la persona de nuestro Rey delante del Santísimo Sacramento, sino la de una buena religiosa de la Visitacion. Inmediatamente cesaron mis penas en esta materia, y me encontré anegada en un diluvio de consolaciones, en las cuales me instruyó mi Soberano en cuanto deseaba de mí.

Queria que estuviese en un continuo acto de sacrificio, y para esto me dijo que aumentaria mi sensibilidad y repugnancia de tal suerte, que no haria cosa alguna sino con pena y violencia, á fin de darme materia de triunfo áun en las cosas más pequeñas é indiferentes. Puedo asegurar haberlo siempre experimentado así desde este dia. Añadió ademas que no habria para mí dul-

zura alguna sino en las amarguras del Calvario, y que me haria encontrar un martirio de sufrimiento en todo cuanto podia constituir el gozo, el placer y la felicidad temporal de los otros. Así me lo hizo experimentar de un modo muy sensible, pues cuanto puede llamarse placer se me convertia en suplicio. Porque áun en esas ligeras recreaciones, que alguna vez se nos conceden, sufria más que si estuviera con el ardor de la más violenta fiebre, y quiso, sin embargo, que procediera en todo como las demás. Esto me hacia exclamar: «Soberano bien mio, qué caro se me vende este placer.»

El refectorio y el lecho me causaban tal pena, que la sola aproximacion de la hora me obligaba á gemir y llorar. Mas los empleos y el locutorio me eran de todo punto insoportables, y jamás, que yo recuerde, fuí allí sin repugnancias, que no podia vencer sino con una violencia tal, que muchas veces me

obligaba á caer de rodillas para pedir á Dios la fuerza necesaria para vencerme. No me era ménos penoso el escribir, no tanto porque lo hacia de rodillas, cuanto por la pena interior que me causaba el hacerlo. La estima, las alabanzas y los aplausos me hacian sufrir más que todas las humillaciones, desprecios y afrentas á las personas más vanas y deseosas de los honores. En estas ocasiones me veia forzada á decir: «Dios mio, armad contra mí to»dos los furores del infierno, los pre»fiero á las lenguas de las criaturas ar»madas de vanas alabanzas, lisonjas y »aplausos: vengan más bien á caer so»bre mí todas las humillaciones, dolo»res, confusiones y contradicciones.»

Me inspiraba una sed de ellas insaciable, aunque me las hacia sentir en ocasiones con tal viveza, que no podia contenerme sin dar señales exteriores, siendo para mí insoportable el verme tan poco humillada y mortificada, que

no pudiese sufrir sin que de ello se apercibiesen. Todo mi consuelo era recurrir al amor de mi abyeccion, el cual me movia á dar gracias á mi Soberano, por hacerme aparecer tal como era, á fin de anonadarme en la estimacion de las criaturas. Queria ademas que recibiese, como venidas de su mano, todas las cosas, sin buscar ninguna; y así debia abandonar todo sin disponer de nada; darle gracias lo mismo por los sufrimientos que por los goces; pensar en las ocasiones más dolorosas y humillantes, que era merecedora de todo aquello y áun de mucho más; ofrecer mis penas por las personas, que me causaban la afliccion; hablar siempre de Él con gran respeto, del prójimo con grande estima y compasion, y nunca de mí misma, ó brevemente, ó con desprecio, á no ser cuando para su gloria me hiciera obrar de otro modo; atribuir todo el bien y la gloria á su soberana grandeza, y á mí todo lo malo; no

buscar consolacion alguna fuera de Él, y áun debia, cuando me diera las consolaciones, sacrificarlas renunciando á ellas; no apegarme á nada; estar vacía y despojada de todo; no amar nada sino á Él, en Él y por Él; no mirar en todas las cosas más que á Él, y los intereses de su gloria con un olvido completo de mí misma.

Y aunque debia hacer por Él todos mis actos, queria que en cada uno de ellos hubiera siempre algo directamente para su divino Corazon. Por ejemplo, cuando estaba en recreo, era preciso darle el suyo con los dolores, humillaciones, mortificaciones y otras cosas, las cuales Él tendria cuidado de que no me faltasen, y yo debia por este motivo recibirlas con placer; lo mismo en el refectorio, queria que le sacrificase cuanto me parecia mejor, y así en los demás ejercicios. Me prohibia ademas el juzgar, acusar y condenar á nadie sino á mí misma. Me enseñó

otras muchas cosas, y como me admirase de su muchedumbre, me dijo que no debia abrigar ningun temor, pues Él era un buen maestro, tan poderoso para hacer ejecutar lo que enseñaba, como sabio para enseñar y dirigir con acierto. Tambien puedo asegurar que de buen grado, ó contra las repugnancias naturales, me obligaba á practicar cuanto queria.

Estando una vez en presencia del Santísimo Sacramento, un dia de su octava, recibí de Dios gracias excesivas de su amor, y sintiéndome movida del deseo de corresponderle en algo y rendirle amor por amor, me dijo: «No »puedes darme mayor prueba, que la »de hacer lo que ya tantas veces te he »pedido.» Entónces descubriendo su divino Corazon: «He ahí este Corazon, »que ha amado tanto á los hombres, »que nada ha perdonado hasta agotar»se y consumirse para demostrarles su »amor, y en reconocimiento no recibo

»de la mayor parte sino ingratitud, »ya por sus irreverencias y sus sacrile»gios, ya por la frialdad y desprecio »con que me tratan en este Sacramen»to de amor. Pero lo que me es aún »mucho más sensible, es que son cora»zones, que me están consagrados, los »que así me tratan. Por esto te pido »que sea dedicado el primer viérnes, »despues de la octava del Santísimo »Sacramento, á una fiesta particular »para honrar mi Corazon, comulgando »ese dia y reparando su honor por »medio de un respetuoso ofrecimiento, »á fin de expiar las injurias, que ha re»cibido durante el tiempo que ha esta»do expuesto en los altares. Te pro»meto tambien que mi Corazon se di»latará para derramar con abundancia »las influencias de su divino amor so»bre los que le rindan este honor, y los »que procuren que le sea tributado.»

Y respondiendo que no sabia cómo poder cumplir cuanto de mí deseaba

hacia tanto tiempo, me ordenó dirigirme á su servidor, pues me le habia enviado para el cumplimiento de este designio. Habiéndolo hecho así, este me mandó escribir cuanto le habia dicho en órden al Sagrado Corazon de Jesus y otras varias cosas, que con él se relacionaban, para la gloria de Dios, el cual hizo que hallase suma consolacion en este santo varon, ya porque me enseñó á corresponder á sus designios, ya porque me tranquilizó en medio de los grandes temores de ser engañada, que me hacian gemir sin cesar. Al sacarle el Señor de este pueblo para emplearle en la conversion de los infieles, recibí el golpe con entera sumision en la voluntad de aquel Dios, que tanta utilidad me habia proporcionado por su medio durante el corto tiempo, que aquí estuvo. Y una vez que quise solamente reflexionar sobre esto, me dió inmediatamente esta reprension: «¿Y qué, no te basto yo, que soy

»tu principio y tu fin?» No me fué menester más para abandonárselo todo, pues estaba segura de que tendria cuidado de proveerme de cuanto habia de necesitar.

VIII

PRIMEROS HONORES TRIBUTADOS AL SAGRADO CORAZON. — SUFRIMIENTOS Y FAVORES

VIII

No hallaba todavía medio alguno para dar principio á la devocion al Corazon Sagrado, que era todo mi anhelo; mas he aquí la primera ocasion, que para ello me proporcionó su bondad. Caia en viérnes la fiesta de Santa Margarita, y pedí á mis hermanas novicias, cuya direccion tenia entónces á mi cargo, que todos los obsequios, que tenian intencion de hacerme para honrar mi santo, los hi-

ciesen al Sagrado Corazon de Nuestro Señor Jesucristo. Lo hicieron de buena voluntad elevando un altarcito, sobre el cual colocaron una pequeña imágen del Sagrado Corazon dibujada á pluma en un papel, y la rendimos todos los homenajes que Él mismo nos sugirió. Esto atrajo sobre mí, y sobre ellas tambien, muchas humillaciones y mortificaciones, hasta acusarme de querer introducir una devocion nueva.

Todos estos sufrimientos eran para mí una grande consolacion, y nada temia tanto como el que llegase á ser privado de los honores el divino Corazon. Pues cuantas cosas oia decir sobre esto, eran otras tantas espadas, que atravesaban el mio. Se me prohibió colocar otra vez en público imágen alguna de este Corazon Sagrado, y decian que todo cuanto podia permitírseme, era tributarle algun homenaje en secreto. En mi afliccion no sabia á quién dirigirme sino á Él, que siem-

pre levantaba mi ánimo abatido, diciéndome sin cesar: «Nada temas, yo »reinaré á pesar de mis enemigos, y »de todos los que á ello quisieran opo»nerse.» Me consolaron mucho estas palabras, porque sólo deseaba verle reinar.

Dejé, pues, en sus manos la defensa de su causa, mientras yo sufria en silencio. Pero se suscitaron tantas persecuciones de diversa índole, que parecia haberse desencadenado contra mí todo el infierno, y que todo conspiraba para anonadarme. Confieso, sin embargo, que jamás habia gozado de mayor tranquilidad interior, ni experimentado tanta alegría, como cuando me amenazaron con la prision, y quisieron hacerme comparecer ante un príncipe de la tierra cual un juguete de burla y una visionaria enloquecida por la imaginacion de sus vanas ilusiones. No lo digo para hacer creer que he sufrido mucho, sino más bien para des-

cubrir la gran misericordia de Dios para conmigo, pues nada estimaba yo, ni queria tanto, como la parte que me regalaba de su cruz, la cual era para mí un manjar tan delicioso, que jamás llegó á cansarme.

Si me hubiera sido permitida la comunion frecuente, habria estado mi corazon satisfecho. Una vez que ardientemente la deseaba, se me puso delante mi divino Maestro cuando iba cargada con las barreduras, y me dijo: «Hija »mia, he oido tus gemidos, y los de»seos de tu corazon me son tan agra»dables, que si no hubiera instituido »mi divino Sacramento de amor, le »instituiria por amor tuyo para tener »el placer de alojarme en tu alma y to»mar un reposo de amor en tu cora»zon.» Tan vivo ardor penetró todo mi ser al escucharlo, que sentia mi alma completamente enajenada y no podia explicarme, sino con estas palabras: «¡Oh amor! ¡Oh exceso del amor

»de un Dios hacia una tan miserable »criatura!» Y durante toda mi vida me ha servido este regalo de aguijon poderoso para excitarme al reconocimiento de amor tan puro.

En otra ocasion, estando en presencia del Santísimo Sacramento el dia de su festividad, se presentó repentinamente delante de mí una persona, hecha toda un fuego, cuyos ardores tan vivamente me penetraron, que me parecia abrasarme con ella. El deplorable estado, en que me dió á conocer se hallaba en el Purgatorio, me hizo derramar abundantes lágrimas. Me dijo que era el religioso benedictino, que me habia confesado una vez y me habia mandado recibir la comunion, en premio de lo cual Dios le habia permitido dirigirse á mí para obtener de mí algun alivio en sus penas. Me pidió que ofreciese por él todo cuanto pudiera hacer y sufrir durante tres meses, y habiéndoselo prometido, despues de haber

obtenido para esto el permiso de mi Superiora, me dijo que la causa de sus grandes sufrimientos era ante todo porque habia preferido el interés propio á la gloria divina, por demasiado apego á su reputacion; lo segundo, por la falta de caridad con sus hermanos, y lo tercero, por el exceso del afecto natural que habia tenido á las criaturas, y de las pruebas que de él les habia dado en las conferencias espirituales, lo cual desagrada mucho al Señor.

Muy difícil me seria el poder explicar cuánto tuve que sufrir en estos tres meses. Porque no me abandonaba un momento, y al lado donde él se hallaba, me parecia verle hecho un fuego y con tan vivos dolores, que me veia obligada á gemir y llorar casi continuamente. Movida de compasion mi Superiora, me señaló buenas penitencias, sobre todo disciplinas; porque las penas y sufrimientos exteriores, que por caridad me hacian estas sufrir, aliviaban

mucho las otras interiores impuestas por la santidad de amor, como pequeño trasunto de lo que hace sufrir á estas pobres almas. Al fin de los tres meses le vi de bien diferente manera: colmado de gozo y gloria iba á gozar de su eterna dicha, y dándome las gracias, me dijo que me protegeria en la presencia de Dios. Habia caido enferma, pero, cesando con el suyo mi sufrimiento, sané al punto.

Me dió á entender mi Soberano que, cuando quisiera abandonar una de esas almas, por las cuales deseaba que yo sufriese, me haria experimentar el estado de un alma réproba, dándome á sentir la desolacion en que se encuentra á la hora de la muerte. Jamás he experimentado cosa más terrible, ni tengo términos para poderlo explicar. Un dia, estando sola en el trabajo, fué puesta ante mis ojos una religiosa, que áun vivia entónces, y se me dijo de una manera inteligible: «Mira, he ahí esta re-

»ligiosa solamente de nombre, á la cual »estoy dispuesto á lanzar de mi cora»zon y abandonarla á sí misma.» Al instante me sentí presa de tan gran terror, que postrándome con el rostro en el suelo, permanecí largo tiempo de este modo sin poder volver en mí, y me ofrecí al mismo tiempo á la divina Justicia para sufrir, cuanto fuere de su agrado, á fin de que no la abandonase.

Me pareció entónces haberse tornado contra mí su justa cólera; y me hallé en espantosa agonía y desolacion completa, pues sentia sobre mis espaldas un peso abrumador. Si queria alzar los ojos, veia á un Dios irritado conmigo y dispuesto á caer sobre mí armado de varas y azotes; por otra parte me parecia ver el infierno abierto para devorarme; en mi interior todo estaba revuelto y en desórden; mi enemigo me asediaba por todos lados con tentaciones violentas, especialmente de desesperacion; y yo huia en todos sentidos

de ese Dios irritado, que me perseguia, pues no hay género de tormento, al cual no me hubiera entregado para librarme de él, y no me podia ocultar á sus miradas. Sufria una confusion espantosa creyendo que eran conocidas de todo el mundo mis penas. No podia orar, ni desahogarme sino llorando. Decia solamente: «¡Ah! cuán terrible »es caer en las manos de un Dios vivo.» Y otras veces arrojándome con el rostro en la tierra exclamaba: «Herid, »Dios mio, cortad, quemad, consumid »cuanto os desagrade, y no perdoneis »ni mi cuerpo, ni mi vida, ni mi carne, »ni mi sangre, con tal que salveis eter»namente esta alma.»

Confieso que no hubiera podido durar mucho tiempo en tan doloroso estado, si no me hubiera sostenido su amorosa misericordia bajo los rigores de su justicia. Así es que caí enferma, y me costó mucho el restablecerme. Con frecuencia me ha hecho mi Sobe-

rano soportar estas dolorosas disposiciones, en medio de las cuales me mostró una vez los castigos, que queria ejecutar en algunas almas, y me arrojé á sus sagrados pies diciéndole: «¡Oh »Salvador mio! descargad sobre mí »toda vuestra indignacion, y borradme »del libro de la vida ántes que perder »esas almas, que tan caro os han cos»tado.» Y me respondió: «Pero no te »aman y no cesarán de afligirte.—No »importa, Dios mio: con tal que os »amen, no quiero cesar de suplicaros »que las perdoneis.»—«Déjame obrar; »ya no puedo sufrirlas.» Y abrazándole más estrechamente aún: «No, Señor »mio, no os dejaré hasta que las hayais »perdonado.» Y El me decia: «Yo ac»cedo gustoso, si tú quieres responder »por ellas.»—«Sí, Dios mio; pero nun»ca os pagaré, sino con vuestros pro»pios bienes, que son los tesoros de »vuestro Sagrado Corazon.» Con esto se dió por satisfecho.

Y otra vez, estando en la labor comun de escardar lana, me retiré á un pequeño patio, próximo al tabernáculo del Santísimo Sacramento, donde trabajando arrodillada me sentí al instante recogida por completo interior y exteriormente, y se me representó al mismo tiempo el amable Corazon de mi adorable Jesus más brillante que el sol. Estaba en medio de las llamas de su amor puro, rodeado de Serafines que cantaban con admirable concierto:

«El amor triunfa;
Goza el amor;
Placer derrama
Su Corazon.»

Me invitaron estos bienaventurados espíritus á unirme con ellos en los loores del divino Corazon, y no me atrevía; pero de nuevo me instaron diciéndome: «Que habian venido á asociarse »á mí con objeto de tributarle un home»naje continuo de amor, de adoracion »y de alabanza; y á este fin harian mis »veces delante del Santísimo Sacra-

»mento, para que yo pudiese, por su »medio, amarle sin interrupcion, y ellos »á su vez participar de mi amor, su»friendo en mi persona como yo goza»ria en la suya.» Escribieron al mismo tiempo esta asociacion en el Corazon Sagrado con letras de oro y con los caracteres indelebles del amor. Duró esto de dos á tres horas; pero he sentido sus efectos durante toda mi vida, ya por los socorros recibidos, ya por las dulzuras, que habia producido y producia en mí, dejándome toda llena de confusion. Al dirigirles mis plegarias, no les daba otro nombre que el de mis divinos asociados. Me inspiró esta gracia tal deseo de la pureza de intencion, y me hizo concebir una idea tan alta de la que se debe tener para conversar con Dios, que todas las demás me parecen impuras para este objeto.

Otro dia, estaba una de nuestras hermanas sumida en un sueño letárgi-

co, y se habia perdido la esperanza de poderla administrar los últimos sacramentos. Tenia esto en grandísima consternacion á la Comunidad, especialmente á nuestra Madre, y esta me ordenó prometer á Nuestro Señor para conseguirlo, todo cuanto le pluguiera darme á conocer que deseaba. No habia terminado aún el cumplimiento de esta obediencia, y ya el Soberano de mi alma me prometió que esta hermana no moriria sin recibir los auxilios que con razon deseábamos, si le prometia tres cosas, las cuales queria absolutamente de mí: la primera, no rechazar cargo alguno en la religion; la segunda, no rehusar ir al locutorio, y la tercera, no negarme á escribir. A semejante peticion confieso que se extremeció todo mi ser por la grande repugnancia y aversion que para esto sentia. Respondí: «¡Oh Señor mio! bien »me atacais por mi flaco; pero pediré »permiso.» Me le concedió al momen-

to mi Superiora, no obstante la pena que pudiera traslucirse en mí, y me hizo prometerlo en forma de voto para que no pudiera desdecirme jamás. Mas ¡ay de mí! ¡Cuántas infidelidades no he cometido, pues no por eso me quitó la repugnancia, que en ello sentia, la cual me ha durado toda la vida! Pero la hermana recibió los Sacramentos.

Para dar á conocer hasta dónde llegaba mi infidelidad en medio de todos estos favores tan grandes, diré que un dia, sintiendo un deseo ardiente de recogerme para hacer ejercicios y de prepararme á ellos algunos dias ántes, quise por segunda vez grabar el santo nombre de Jesus en mi corazon. Pero lo hice de modo, que abrí en él varias llagas. Habiéndoselo dicho á mi Superiora la víspera del dia, en que debia retirarme á la soledad, me respondió que queria mandar ponerme algun remedio, por temor de que no degenerase en algun mal peligroso. Esto me

hizo quejarme á Nuestro Señor: «¡Oh »mi único amor! ¿Permitireis que otros »vean el mal, que me he hecho por »amor vuestro? ¿No sois bastante po»deroso para curarme, Vos que sois el »soberano remedio de todos los ma»les?» En fin, movido por mi sentimiento de darlo á conocer, me prometió que al dia siguiente estaria curada, y en efecto lo hizo como me lo habia prometido, pero no habiendo podido decírselo á nuestra Madre por no haberla encontrado, me envió esta una esquelita, en la cual me decia que enseñase mi mal á la hermana, que me la daba, y esta le aplicaria el remedio.

Como estaba curada, creí hallarme dispensada de cumplir tal obediencia hasta habérselo dicho á nuestra Madre. Fuí con este objeto á buscarla, y le dije que no habia hecho lo ordenado en la esquela por estar ya curada. ¡Dios mio, con qué severidad me trataron por esta falta de prontitud en la

obediencia, tanto ella como mi Soberano Maestro! Este me relegó á estar bajo sus sagrados pies, donde permanecí cinco dias próximamente, no haciendo sino llorar mi desobediencia, pidiéndole perdon con penitencias continuas. Y en cuanto á mi Superiora, me trató sin remision en esta entrevista, como Nuestro Señor se lo inspiraba, pues me hizo perder la sagrada Comunion, lo cual era el suplicio más cruel que pudiera sufrir en la vida; hubiera preferido mil veces que se me hubiese condenado á muerte. Ademas, me obligó á mostrar mi mal á la hermana. Esta, hallándole curado, nada quiso hacer; pero yo recibí en ello suma confusion.

Para mí todo esto era nada, pues no hay género de suplicio que no hubiese querido sufrir por el dolor que tenia de haber desagradado á mi Soberano. En fin, despues de haberme hecho conocer cuánto le desagrada la falta más pe-

queña de obediencia en un alma religiosa, y sufrir la pena correspondiente, vino Él mismo en los últimos dias de mi retiro á enjugar mis lágrimas y devolver á mi alma la vida. Pero por más dulzuras y caricias con que me regaló, no terminó por eso mi pena: tenia bastante con pensar que le habia desagradado para deshacerme en lágrimas. Pues con tal viveza me hizo comprender lo que era la obediencia en un alma religiosa, que confieso no haberlo áun hasta entónces comprendido. Y me dijo que en castigo de mi falta el sagrado Nombre, cuya inscripcion tanto me habia costado en memoria de sus sufrimientos al tomar el santo nombre de Jesus, no seria ya visible, como ni tampoco los precedentes, los cuales aparecian ántes muy bien marcados de diferentes maneras. Puedo decir que hice un retiro de dolor.

Eran tan continuas mis enfermedades, que no se pasaban cuatro dias se-

guidos sin estar enferma. Una vez, estaba muy mal y casi no se me entendia lo que hablaba; vino á verme nuestra Madre á la mañana y me entregó un billete, ordenándome se hiciera su contenido, á saber: que tenia necesidad de asegurarse de si procedia del Espíritu de Dios todo cuanto por mí pasaba, y si era así, me diera el Señor perfecta salud durante cinco meses sin tener necesidad de alivio alguno en todo ese tiempo. Pero que si venia, por el contrario, del espíritu del demonio ó de mi naturaleza, permaneciera siempre en el mismo estado. No se puede explicar lo que me hizo sufrir este billete, tanto más, cuanto que me habia sido manifestado su contenido ántes de leerlo.

Me hicieron salir de la enfermería con palabras tales como Nuestro Señor se las inspiraba para hacerlas más sensibles y mortificativas á la naturaleza. Presenté el billete á mi Soberano, el cual no ignoraba su contenido, y me

respondió: «Te aseguro, hija mia, que »para prueba del buen Espíritu, que te »guía, hubiera concedido á tu Superio»ra tantos años de tu salud como meses »me ha pedido, y ademas todas cuan»tas seguridades hubiera querido pedir»me.» Y en el instante de la elevacion del Santísimo Sacramento, sentí, pero de un modo muy perceptible, que me quitaron todas mis enfermedades, como si se me despojara de un hábito, el cual quedase, por otra parte, suspendido. Y me encontré con la fuerza y salud de una persona muy robusta, que por largo tiempo no hubiera estado enferma. Pasé así el tiempo deseado, despues del cual se me volvió al estado precedente.

IX

ÚLTIMOS AÑOS DE MARGARITA

IX

En una ocasion, estando con fiebre, me hizo salir mi Superiora de la enfermería para hacer los ejercicios, pues era mi turno, y me dijo: «Id, os »entrego al cuidado de Nues»tro Señor Jesucristo. Que Él »os dirija, gobierne y cure »segun su voluntad.» Ahora bien, aunque me sorprendió esto un poco, porque en aquel momento estaba temblorosa por la fiebre, me fuí, sin embargo, muy contenta de practicar

esta obediencia, ya por verme enteramente abandonada al cuidado de mi buen Maestro, ya por tener ocasion de sufrir por su amor, siéndome indiferente la manera que tendria Él de tratarme en mi retiro, ya me hiciera sufrir ó gozar. «Todo me viene bien, decia, »con tal que Él esté contento y yo le »ame, me basta.» Mas apénas me hallé encerrada con Él solo y postrada en tierra enteramente transida de dolor y de frio, se me presentó delante, me hizo levantar, y prodigándome mil caricias me dijo: «En fin, héte ahí toda »mia, y toda á mi cuidado; por esto »quiero devolverte sana á los que te »han puesto en mis manos enferma.» Y me restituyó una salud tan completa, que no parecia haber estado mala, de lo cual se admiraron mucho, especialmente mi Superiora, que sabia todo lo sucedido.

Jamás he pasado los ejercicios entre tanto gozo y delicias: me creia en un

paraíso por los continuos favores, caricias y trato familiar con mi Señor Jesucristo, su Santísima Madre, mi santo Angel y mi bienaventurado Padre San Francisco de Sales. No especificaré aquí, á causa de su extension, los pormenores de las singulares gracias en ellos recibidas. Solamente diré que mi amable Director, para consolarme por el sentimiento que yo habia mostrado al ver borrarse de mi corazon su sagrado y adorable Nombre despues de haberlo grabado en él con tantos dolores, quiso Él mismo, con el sello y el buril enteramente inflamado de su puro amor, imprimirlo dentro y escribirlo fuera; pero de un modo que me produjo mil veces más gozo y consuelo, que dolor y afliccion me habia causado el otro.

Sólo me faltaba la cruz, sin la cual no podia vivir, ni gustar de placer alguno, ni áun celestial y divino, porque no tenia más delicias que las de verme semejante á mi pacientísimo Jesus. No

pensaba, por lo tanto, sino en ejercer sobre mi cuerpo todos los rigores, que la libertad, en que se me habia dejado, me permitia. Y en efecto, se los hice bien experimentar, tanto por las penitencias, como por el método de vida y de reposo. Me habia formado de cascos de vasijas rotas un lecho, en el cual me acostaba con sumo placer, y aunque la naturaleza gimiese, era en vano, porque no la escuchaba.

Queria hacer cierta penitencia, que por lo rigurosa excitaba en mí un vehemente deseo de ejecutarla, pensando por este medio poder vengar en mí las injurias que recibe nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, ya de mí, pecadora miserable, ya de todos aquellos que en él le deshonran. Pero mi Soberano Maestro, estando ya para ejecutar mi designio, me prohibió pasar adelante, diciéndome que queria entregarme sana á mi Superiora, quien me habia confiado y remitido á sus cuidados, y

así le agradaria más el sacrificio de mi deseo que la ejecucion misma, porque siendo espíritu queria sacrificios del espíritu. Quedé contenta y sumisa.

Yendo una mañana á comulgar, me pareció la sagrada Hostia resplandeciente como un sol, cuyo brillo podia soportar, y en medio de ella vi á Nuestro Señor con una corona de espinas, la cual poco despues de haberle recibido puso sobre mi cabeza, diciéndome: «Recibe, hija mia, esta corona en pren»da de la que muy pronto te será dada »para tu conformidad conmigo.» No comprendí entónces lo que esto significaba; pero muy pronto lo supe por los efectos inmediatos: á saber, dos terribles golpes que recibí en la cabeza, de tal suerte que me pareció tener desde entónces todo el circuito de la misma rodeado de agudísimas espinas de dolor, cuyas picaduras no terminarán sino con mi vida, de lo cual doy infinitas gracias á Dios, que tan seña-

lados favores ha hecho á su miserable víctima. Mas, ¡ay de mí! como lo repito con frecuencia; las víctimas deben ser inocentes, y yo no soy sino una criminal.

Confieso que me reconozco más obligada á mi Soberano por esta corona preciosa, que si me hubiera regalado todas las diademas de los más grandes Monarcas del mundo: tanto más que nadie puede robármela, y me pone no pocas veces en la feliz necesidad de velar y entretenerme con este único objeto de mi amor. No pudiendo apoyar mi cabeza sobre la almohada, á imitacion de mi divino Maestro que no podia reclinar la suya adorable sobre el lecho de la cruz, experimento gozos y consolaciones inconcebibles, viendo en mí alguna conformidad con Él. Y por este dolor queria que pidiese á Dios, su Padre, por el mérito de su coronacion de espinas, á la cual uniese yo la mia, la conversion de los pecadores y

la humildad para los orgullosos, cuya soberbia le era tan desagradable é injuriosa.

Una vez, hacia el tiempo de Carnaval, es decir, como unas cinco semanas ántes del Miércoles de Ceniza, Él se me presentó despues de comulgar bajo la figura de un *Ecce homo*, cargado con su cruz, todo cubierto de llagas y contusiones, y brotando de todo su cuerpo su sangre adorable. Con una voz dolorosamente triste decia: «¿No habrá »nadie que tenga piedad de mí, y quie»ra compadecerse y tomar parte en mi »dolor viendo el lastimoso estado en »que me ponen los pecadores, sobre »todo en este tiempo?» Postrándome á sus sagrados pies, me ofrecí á Él con lágrimas y suspiros. Cargó sobre mis espaldas aquella pesada cruz, erizada toda de puntas de clavos, y sintiéndome agobiada bajo su peso comencé á comprender mejor la gravedad y malicia del pecado, al cual detestaba tan

vivamente en mi corazon, que hubiera preferido mil veces precipitarme en el infierno á cometer voluntariamente uno solo. «¡Maldito pecado, dije, cuán de»testable eres por la injuria que haces »á mi soberano Bien!» Este me dió á conocer que no bastaba llevar aquella cruz, sino que era preciso estar enclavada con Él, para hacerle fiel compañía participando de sus dolores, desprecios, oprobios y otras injurias que sufria.

Me puse inmediatamente en sus manos para todo cuanto deseara hacer en mí y por mí, dejándome enclavar á su gusto con una enfermedad, que bien pronto me hizo sentir las agudas puntas de los clavos con que estaba erizada esta cruz, y con agudísimos dolores, en los cuales no recibia otra señal de compasion sino desprecios, humillaciones y otras cosas penosísimas á la naturaleza. Pero, ¡miserable de mí! ¿qué podria sufrir yo, que pudiera igualar á

la grandeza de mis crímenes, los cuales me tienen continuamente sumida en un abismo de confusion, desde que mi Dios me hizo ver la horrible figura de un alma en pecado mortal, y la gravedad de la culpa, que por ir contra una bondad infinitamente amable, le es en extremo injuriosa? Esta vista me ha hecho sufrir más que todas las otras penas, y hubiese preferido con todo mi corazon haber comenzado á sufrir todas las merecidas por cuantos pecados he cometido, para que me hubiesen servido de preservativo y me hubiesen impedido cometerlos, ántes de haber llegado á tan miserable extremo, y esto, áun cuando estuviera segura de que Dios por su infinita bondad, me perdonaria sin entregarme á tales penas.

El estado de sufrimiento, del cual he hablado algo más arriba, me duraba ordinariamente todo aquel tiempo de Carnaval hasta el Miércoles de Ceniza.

Parecia que me hallaba reducida al extremo, sin poder encontrar consolacion alguna ni alivio, que no aumentase todavía más mis tormentos; y luego me sentia súbitamente con bastante fuerza y vigor para el ayuno de cuaresma. Siempre me ha concedido mi Soberano el favor de poderlo hacer, y aunque me hallase alguna vez rendida por tantos dolores, que con frecuencia creia al comenzar un ejercicio que no podria sostenerme hasta concluirlo, sin embargo, despues de concluido uno, comenzaba otro con las mismas penas, diciendo: «Dios mio, concededme la gra»cia de poder llegar hasta el fin,» y daba gracias á mi Soberano porque media así mis instantes por el reloj de sus sufrimientos para regular todas las horas con las ruedas de sus dolores.

Cuando queria favorecerme con alguna nueva cruz, me disponia para ello con abundancia de caricias y consolaciones espirituales tan grandes, que me

hubiera sido imposible sobrellevarlos si hubieran continuado. En esta ocasion le decia: «Único amor mio, os sa»crifico todos estos placeres. Guardad»los para las almas santas, las cuales »os glorificarán más que yo; yo no »quiero sino á vos solo, enteramente »desnudo sobre la cruz, donde deseo »amaros á vos solo por amor de vos »mismo. Quitadme, pues, todo lo de»más para que os ame sin mezcla de »interés ni de placer.»

Y sucedia á veces en estas circunstancias que, como sabio y experimentado Director, se complacia en contrariar mis deseos haciéndome gozar cuando hubiera querido sufrir. Pero confieso que lo uno y lo otro venia de Él, y que cuantos favores me ha hecho, ha sido por pura misericordia suya; pues jamás criatura alguna le ha opuesto tanta resistencia como yo, sea por mis infidelidades, sea por el temor que tenia de ser engañada. Y cien veces me

he admirado de que, en vista de tanta resistencia, no me anonadase ó hundiese en el abismo.

Mas por grandes que sean mis faltas, jamás me priva de su presencia este único amor de mi alma, como me lo ha prometido.

Pero me la hace tan terrible cuando le disgusto en alguna cosa, que no hay tormento, que no me fuera más dulce, y al cual no me sacrificara mil veces, ántes que soportar esta divina presencia, y aparecer delante de la santidad de Dios, teniendo el alma manchada con algun pecado.

En esas ocasiones bien hubiera querido esconderme y alejarme de ella, si hubiese podido; mas todos mis esfuerzos eran inútiles, hallando en todas partes esa santidad, de que huia, con tan espantosos tormentos que me figuraba estar en el Purgatorio, porque todo sufria en mí sin ningun consuelo, ni deseo de buscarle.

Esto me obligaba á exclamar á veces en medio de mi dolorosa amargura: «¡Oh! cuán terrible es caer en las »manos de un Dios vivo.»

He ahí la manera que Él tenia de purificarme de mis faltas, cuando no era yo bastante pronta y fiel en castigarme por ellas. Y nunca recibia gracia alguna particular de su bondad, que no fuese precedida de esta clase de tormentos, y sin sentirme, despues de haberla recibido, arrojada y abismada en un purgatorio de humillacion y confusion, donde sufria más de lo que puedo expresar.

Mas siempre conservaba una tranquilidad inalterable, pareciéndome que nada podria turbar la paz de mi alma, aunque estuviese frecuentemente agitada la parte inferior, ora por mis pasiones, ora por mi enemigo, quien hacia todos sus esfuerzos para conseguirlo, pues no hay cosa alguna sobre la cual tenga más poder, y en la que gane tan-

to, como en un alma turbada é inquieta; la hace su juguete y la vuelve incapaz de bien alguno.

SÍGUENSE LAS CERTIFICACIONES
DEL MANUSCRITO AUTÓGRAFO

Certificado y verificado en 22 de julio 1715.

Suscrito

SOR ANA ISABEL DE LA GUARDA.

Rubricado por nosotros el 22 de julio 1715.

Suscrito

D. DE BANSIERE, COMISARIO
CHALON, ESCRIBANO.

Nos, Protonotario apostólico, Vicario general, Arcediano de Autun, hemos reconocido como autógrafo de la Beata Margarita María Alacoque esta biografía, escrita por ella misma por órden de sus superiores. Se compone de 64 páginas.—En fe de lo cual: Paray, 26 de febrero 1865.

Suscrito:

G. BOUANGE, PROTON. APOST.
VIC. GEN. ARC.

†

Lugar del sello del Obispo.

APENDICE

TERMINA *la Autobiografía en el año 1687, el mismo en que salió de Paray el P. Rolin, y tres ántes de la muerte de la Beata Margarita. Por nuestra parte cerraremos este período de su vida, citando las memorables palabras de dicho Padre, su Director entónces, por ser como un breve resúmen y un verdadero panegírico. Habia oido la confesion general, que de toda su vida hizo la Beata Margarita en uno*

de sus ejercicios, y estuvo largo tiempo deliberando si se la mandaria escribir y conservar: «Con la esperanza, dijo, de que un dia se pudiera conocer la extrema pureza de esta esposa de Jesucristo, y juzgar hasta dónde pueden llegar la inocencia, la delicadeza y la sublime santidad de un alma, que Dios ha gobernado y favorecido con sus más señaladas gracias desde la misma cuna.»

Los tres años siguientes, últimos de su peregrinacion sobre la tierra, fueron, como los anteriores, alimentados con el mismo amor, llenos de las mismas delicias, colmados de los mismos sentimientos. No intentaremos describirlos; sólo sí trazar un pequeño esbozo de ese hermoso cuadro. Durante este período tuvo dos consolaciones, las mayores tal vez para un alma, que con tanto ardor deseaba el triunfo de su Amado: ver erigida ya en el recinto de Paray una capilla en honor del Corazon de Jesus, y recibir aquella comunicacion íntima, en

que le dió á conocer nuestro Señor la mision especial que confiaba á la Compañía de propagar este culto y las gracias singulares que reservaba en la tierra para su elegida milicia.

Trasladémonos ahora á sus últimos dias, cuando la tierra principiaba á ocultarse á las miradas de Margarita, y á descubrirse el cielo sonriendo á los ardientes suspiros de su corazon. Escribe una de sus contemporáneas: «Decia, á »la Hermana, en quien más confianza »tenia, que para ella ningun sufrimien»to quedaba ya en el mundo, y que in»faliblemente moriria muy pronto.»

Quiso, sin embargo, prepararse con un retiro interior de cuarenta dias, y examinar de dónde procedia aquel deseo vehemente, que la obligaba á suspirar por el dia feliz, y si seria en efecto feliz para ella, pues se juzgaba como la mayor pecadora y la más indigna de los favores de Dios. He aquí sus sentimientos en esta materia:

«Desde el dia de Santa Magdalena »me sentí extremadamente impulsada »á reformar mi vida, para estar dispues- »ta á presentarme ante la santidad de »Dios, cuya justicia es tan temible y »tan impenetrables sus juicios. Es me- »nester, por lo tanto, que tenga siempre »ajustadas mis cuentas, para no verme »sorprendida, porque es cosa terrible »caer á la hora de la muerte en las ma- »nos de un Dios vivo, cuando durante »la vida se ha separado un alma por »la culpa de los brazos de un Dios »moribundo. Me propuse, pues, para »llevar á efecto una inspiracion tan sa- »ludable, hacer un retiro interior en el »Sagrado Corazon de Jesucristo.

»Aguardo y espero todos los auxilios »de gracia y de misericordia, que me »serán necesarios; porque tengo en Él »toda mi confianza. Él es el solo apoyo »de mi esperanza, puesto que su exce- »siva bondad no me rechaza nunca, »cuando á Él me dirijo; ántes al con-

»trario, parece gozarse en haber halla- »do una criatura tan pobre y miserable »como yo, para llenar el abismo de mi »indignidad con su abundancia infinita.

»Será mi buena Madre la Santísima »Vírgen, y tendré por Protectores á »San José y mi Santo Fundador. El »buen P. La Colombière será mi Direc- »tor para enseñarme á cumplir los de- »signios del Corazon adorable en con- »formidad con sus máximas.

»El primer dia de mis ejercicios, mi »ocupacion fué el pensar de dónde po- »dria proceder este gran deseo de mo- »rir, pues no es ordinario en los crimi- »nales, como lo soy yo delante de Dios, »desear comparecer en presencia de su »juez, y un juez, cuya santidad de jus- »ticia penetra hasta la médula de los »huesos, á quien nada puede ocultarse »y que nada dejará impune. ¿Cómo, »pues, alma mia, puedes sentir un gozo »tan grande en la proximidad de la »muerte? No piensas sino en terminar

»tu destierro, y estás enajenada de »gozo con la idea de salir muy pronto »de tu prision. Pero ¡ay de mí! mira no »sea que despues de un gozo tempo»ral, que quizá no proviene sino de ce»guedad é ignorancia, te sumerjas en »una eterna tristeza, y desde esta pri»sion mortal y transitoria caigas en los »calabozos eternos, donde no tiene ya »lugar la esperanza de salir.

»Dejemos, pues, alma mia, este de»seo y este gozo de morir para las »almas santas y fervorosas, para las »cuales están preparadas tan grandes »recompensas; pues en cuanto á mí, »no me dejan las obras de una vida »criminal ver otro término que los »eternos castigos, si no fuere Dios »conmigo más misericordioso que jus»to. Y pensando cuál será tu suerte »¡oh alma mia! dime: ¿podrás sufrir »durante una eternidad la ausencia de »Aquel, á cuya posesion aspiras con »tan ardientes deseos, y cuya privacion

te hace presentir penas tan crueles?»

»¡Dios mio, cuán difícil es de ar»reglar mi cuenta, pues he perdido »tanto tiempo y no sé cómo poderlo »reparar! En la perplejidad en que »me hallo de ordenar todas mis par»tidas y tenerlas siempre en dispo»sicion de ajustar cuentas, no he sa»bido á quién dirigirme sino á mi »adorable Maestro, que por singular »favor ha querido encargarse de ha»cerlo. Así, pues, le he remitido to»dos los capítulos, por los que he de »ser juzgada y recibir mi sentencia; á »saber, nuestras reglas, constituciones »y directorio, segun los cuales seré jus»tificada ó condenada. Una vez puestos »ya en sus manos todos mis intereses, »he sentido una paz admirable á sus »pies, donde me ha tenido largo tiempo »como enteramente perdida en el abis»mo de mi nada, esperando su senten»cia acerca de esta miserable criminal.

»El segundo dia me fué presentado,

»durante la oracion, como en un cua-
»dro, lo que habia sido ántes y lo
»que entónces era. Pero, ¡Dios mio, qué
»monstruo más deforme y más horrible
»á la vista! No veia bien alguno, sino
»tanto mal, que era para mí un tormen-
»to el sólo pensarlo. Todo parecia con-
»denarme á un eterno suplicio, por el
»grande abuso de tantas gracias, á las
»cuales no he correspondido, sino con
»infidelidades, ingratitudes y perfidias.
»¡Oh Salvador mio! quién soy yo, para
»haberme esperado á penitencia tanto
»tiempo; yo, que mil veces me ex-
»puse á ser arrojada en el abismo in-
»fernal por el exceso de mi malicia, y
»otras tantas lo habeis impedido vos
»por vuestra infinita bondad! Seguid,
»pues, amable Salvador mio, ejercién-
»dola con tan miserable criatura.

»Ya lo veis: acepto de buena volun-
»tad todas las penas y suplicios que os
»plazca hacerme sufrir en esta vida y en
»la otra. Y tan grande es mi dolor de ha-

»beros ofendido, que querria haber pa-
»gado todas las penas merecidas por
»los pecados cometidos, y por todos
»aquellos que hubiera llegado á co-
»meter á no haberme socorrido vues-
»tra gracia. Sí, quisiera haber sido su-
»mergida en todos esos tormentos ri-
»gurosos desde el instante en que co-
»mencé á pecar, y que me hubiesen
»servido de preservativo para no lle-
»gar á ofenderos tanto, aunque no en-
»contrara más penas que obtener el
»perdon por amor de vos mismo. No,
»nada excluyo en la venganza, que á
»vuestra divina justicia pluguiere ejer-
»cer sobre esta criminal, sino el que me
»abandoneis á mí misma permitiendo
»mis nuevas recaidas en el pecado en
»castigo de los precedentes.

»No me priveis, Dios mio, de amaros
»en la eternidad, por no haberos amado
»bastante en el tiempo. Por lo demás,
»haced de mí todo cuanto os agrade: os
»debo todo cuanto tengo y cuanto soy.

»Todo lo bueno que pudiera hacer no »serviria, á no ser por vuestra gracia, »para reparar la más pequeña de mis »culpas. Soy insolvente, bien lo veis, mi »divino Dueño; arrojadme en una pri»sion, consiento en ello, con tal que sea »en la de vuestro Corazon Sagrado. Y »cuando allí estuviere, tenedme bien »cautiva y sujeta con las cadenas de»vuestro amor, hasta que os haya pa»gado todo cuanto os debo; y como »no podré hacerlo nunca, tampoco de»seo salir de ella jamás.»

Seria de desear que Margarita hubiera continuado escribiendo todas las visiones y luces recibidas durante estos cuarenta dias dedicados al retiro interior para prepararse á la muerte, prueba segura de que lo sabia; pero nos vemos privados de este consuelo. No prosiguió por no ser demasiado larga, como ella misma nos dice.

X

SANTA MUERTE DE MARGARITA MARÍA

X

CAMINANDO *á grandes pasos á la perfeccion, llegó muy pronto esta venerable Hermana, á juicio de los que conocian su interior, á una grande santidad. Estaba, hacia ya algunos años, tan estrechamente unida con Dios, que muy rara vez el sueño interrumpia su continuo pensar en Él, ó mejor diremos que este pensamiento interrumpia casi continuamente su sueño. No habia ocupacion capaz de distraerla; su corazon es-*

taba cerrado para todo lo de la tierra y áun para ella misma; su único sufrimiento era el no sufrir más, y la tranquilidad de que gozaba, era á sus ojos como un castigo de Dios. Oigamos cuanto acerca de esto escribe á su Director:

«No sé, mi Reverendo Padre, qué »debo pensar del estado, en que ahora »me encuentro. He tenido hasta aquí »tres deseos tan ardientes, que los mi»raba como tres tiranos, que me hi»cieran padecer un martirio continuo, »sin darme un sólo momento de repo»so. Eran estos tres deseos; amar con »perfeccion á Jesucristo, sufrir mucho »por amarle y morir entre los ardores »de su mismo amor. Mas al presente »me hallo en tal ausencia de todo de»seo, que me admiro. Temo que esta »pretendida calma no sea un efecto de »aquella tranquilidad, en la cual deja »Dios en ocasiones á las almas infie»les; recelo que, por mis grandes infi-

»delidades á sus gracias, he atraido so»bre mí tal estado, que puede ser una »señal de reprobacion. Pues confieso »no serme posible querer cosa alguna, »ni desear nada en el mundo, áun cuan»do veo que en materia de virtud me »falta todo. Querria á veces afligirme »por esto, mas no puedo: no está en »mí el obrar á mi gusto. Solamen»te siento una perfecta conformidad »con la voluntad de Dios, y un placer »inefable en los sufrimientos. El pen»samiento, que de tiempo en tiempo »me consuela, es que el Sagrado Co»razon, si le dejo hacer, todo lo hará »por mí: querrá, amará, deseará por »mí y suplirá todos mis defectos.»

A este estado de perfeccion habia llegado, cuando plugo á nuestro Señor llevarla consigo. Con razon creemos que, cumplidos ya felizmente los grandes designios de Dios sobre esta su fiel esposa, quiso el Señor poner el colmo á tantos favores. Cuanto más se aproxi-

maba á su fin, más estrechamente se unia con Dios. No perdia ocasion de mortificarse. Pocos dias ántes de su última enfermedad no quiso probar las uvas en la vendimia, y para hacer más perfecto el sacrificio, pidió ántes la debida licencia. Ni una palabra hubiera salido de sus labios sobre esto, si no se hubiese notado. Era fidelísima en seguir las inspiraciones divinas, y tan completa victoria habia obtenido sobre todos sus apetitos, que todo lo encontraba demasiado bueno para ella. Jamás demostró repugnancia en tomar cosa alguna, áun los más amargos remedios; ni despues de tomarlos quiso enjuagarse la boca para conservar por más tiempo su amargor.

Si tan rígida fué consigo misma en medio de sus frecuentes enfermedades, lo seria mucho más en plena salud, como es fácil comprenderlo, pudiendo con verdad afirmarse que pasó toda su vida en una constante y generosa mortificacion.

La profunda humildad, su virtud dominante, el perfecto amor de Dios, y aquel fervor de que estaba inflamado su pecho, la movian incesantemente á la práctica de los actos, que forman el carácter distintivo de nuestra Beata. Su vida entera fué una no interrumpida série de sufrimientos, humillaciones y desprecios. Puede decirse que amó á Dios desde el instante en que fué capaz de conocerle; y si son objeto de nuestra admiracion los extraordinarios favores recibidos de su divino Maestro, no deben serlo ménos la fidelidad con que supo corresponder á ellos y la perseverancia en el vencimiento de la naturaleza por medio de una abnegacion total. No cejó un instante en la práctica de las perfectas y sólidas virtudes, y murió en actual ejercicio del puro amor.

Comenzó á sentirse mal la tarde misma, en que se disponia á entrar en su retiro. Preguntándola una Hermana si podria empezarle, respondió: «Sí, pero

»este será el gran retiro.» Estuvo en cama sólo nueve dias ántes de su muerte, y empleó este tiempo en prepararse á la venida del Esposo, aunque no parecia grave la enfermedad. Llamaron al Dr. Billet, antiguo médico de la casa, quien la tenia en grande estimacion y muchas veces habia confesado sinceramente que para las enfermedades de Margarita ocasionadas por el amor divino, ni encontraba, ni habia remedio alguno. Examinó el mal de que se quejaba la enferma, y aseguró no ser de importancia. Más aún, el mismo dia de su muerte afirmó de nuevo que no habia ni siquiera apariencia de semejante desenlace. Ella, sin embargo, insistió siempre en decir que moriria.

Tal era su seguridad, que pidió con mucha instancia el Santo Viático, y habiéndola dicho que no se juzgaba oportuno, pidió la dejasen al ménos comulgar, pues estaba en ayunas. Accedieron á su peticion y recibió el Santísimo Sacramento, en forma de Viático por su parte, sabiendo que le recibia por última vez.

¿Cómo describir el fervor de su espíritu en este acto, ni dónde hallar palabras bastante expresivas para ello? Baste decir que fué la suma expresion del amor ardiente de toda su vida á su Maestro divino en tan adorable misterio.

Conoció una de las Hermanas que la enferma sufria extraordinariamente, y se ofreció á procurarle algun alivio; pero Margarita, dándole las gracias, contestó que eran demasiado preciosos los cortos instantes de su vida para dejar de aprovecharlos; que en verdad sufria mucho, mas no lo bastante todavía para satisfacer sus deseos. Tales eran los atractivos que hallaba en el padecer, tal el contento que sentia viviendo y muriendo en la cruz, tales las delicias que en ella gustaba, que á pesar de ser ardentísima su ansia de gozar de Dios,

lo era más todavía la de permanecer como estaba, hasta el dia del juicio universal, si esta fuese la voluntad divina.

Ponia en admiracion á cuantas visitaban á la enferma, aquel gozo extraordinario, ocasionado por el pensamiento de la muerte. Mas plugo al Señor interrumpir por algun tiempo la abundancia de dulzuras interiores, de que la inundaba, inspirándola tan gran temor de su justicia, que se vió súbitamente atacada de extraordinarios espantos á la vista de los terribles juicios de Dios.

Por esta vía quiso el mismo Señor purificar alma tan santa: veíasela temblar, humillarse, abismarse ante su crucifijo: se la oia repetir entre profundos suspiros: «Misericordia, Dios mio, mi»sericordia.» Pero duró poco tiempo la lucha; muy pronto se disiparon sus temores, y en su espíritu renació la completa calma y la seguridad grande de su salvacion; el gozo y la tranquilidad se pintaron de nuevo en su semblante,

y exclamó: «Misericordias Domini in »aeternum cantabo.» *Y más de una vez: «¡Qué puedo querer en el cielo y desear »sobre la tierra sino á vos solo, Dios »mio!»*

Era tal la opresion de su pecho, que no podia permanecer en la cama, y era preciso sostenerla para que pudiera respirar. Repetia con frecuencia: «¡Ay de »mí! me abraso, me abraso. Si fuera »de amor divino, qué consuelo; pero ja»más he sabido amar con amor perfec»to á mi Dios.» Y dirigiéndose á las que la sostenian dijo: «Pedidle perdon »por mí y amadle con todo vuestro co»razon para reparar todos los instantes »en que yo no lo hice. ¡Qué dicha la de »amar á Dios! ¡Ah qué dicha! Amad, »pues, á este amor; pero amadle con »amor perfecto.» Tan fuera de sí lo decia, que se manifestaba bien á las claras tener su corazon penetrado enteramente por este fuego divino. Habló en seguida largamente del exceso de amor

de Dios á las criaturas y de lo poco que recibia de estas en retorno, y preguntó si aún viviria mucho; diciéndole que segun el parecer del médico no moriria de aquella enfermedad, exclamó: «¡Ah, Señor, cuándo me sacareis, pues, de este destierro!» Otras veces decia: «Ad te levavi oculos meos, »etc. Laetatus sum in his, quae dicta »sunt mihi, etc. *Sí, espero ir, por la misericordia del Corazon Sagrado, á la »casa del Señor.»*

Pidió que rezasen en su presencia las letanías del Corazon adorable y las de la Santísima Vírgen, para tenerlos propicios en el último instante, y ademas que invocasen por ella á su santo Fundador, su santo Angel y San José, pidiéndoles la asistiesen con su proteccion.

El amor de las humillaciones y el deseo de quedar sepultada en el eterno olvido de las criaturas, no se extinguió en su pecho hasta el último suspiro. Pocas horas ántes de su muerte hizo pro-

meter á su Superiora que jamás diria cosa alguna de las que confidencialmente le habia comunicado, si pudiera redundar en alabanza suya. Despues mandó llamar á una de las Hermanas que habia sido novicia suya, á la cual singularmente estimaba por su mucha virtud y le dijo: «Os suplico, mi »querida Hermana, que escribais ins»tantemente al P. Rolin, suplicándole »que queme mis cartas y que me guar»de inviolablemente el secreto como tan»tas veces se lo pedí.»

Una hora ántes de espirar hizo llamar á la Superiora, á quien habia prometido avisarla ántes de su muerte, y pidió la Extremauncion. Recibida, dió gracias por todo cuanto habian hecho para alivio de su mal, añadiendo que ya nada la hacia falta, y no la restaba otra cosa en el mundo, sino abismarse en el Sagrado Corazon de Jesus para exhalar en Él su último suspiro.

Permaneció despues algun tiempo en

suavísima calma, y pronunciando al fin el santo nombre de Jesus, rindió dulcemente su espíritu en un deliquio de aquel ardiente amor por Jesucristo, que desde la cuna habia echado ya tan profundas raíces en su alma. El mismo Dr. Billet no dudó en atribuir al amor esta muerte, como le habia atribuido las enfermedades de Margarita.

Murió esta predilecta del Sagrado Corazon el 17 de octubre de 1690, á los cuarenta y dos años de edad y diez y ocho de Profesion. Espiró á cosa de las ocho de la noche entre los brazos de dos Hermanas que habian sido novicias suyas, y á las cuales algunos años ántes se lo habia predicho. Se halló presente toda la Comunidad, que se habia reunido para leerla la recomendacion del alma, teniendo así juntamente con el dolor de perderla, el consuelo de ver cómo mueren los santos.

FIN

ÍNDICE

	Págs.
AL QUE LEYERE	5
I.—Favores con que Margarita María fué prevenida por Jesus en sus primeros años.	9
II.—Luchas y triunfos de Margarita María en su vocacion.	33
III.—Noviciado de Margarita	67
IV.—Profesion.—Primeras manifestaciones del Corazon divino.	87
V.—La víctima preparada por el amor	111
VI.—La inmolacion.—El Director.	143
VII.—El testamento.—La devocion al Corazon de Jesus	169
VIII.—Primeros honores tributados al Sagrado Corazon.—Sufrimientos y favores	191
IX.—Últimos años de Margarita	213
X.—Santa muerte de Margarita María	239